

A promotional poster for the series 'Las Smith'. The central figure is a young woman with long, flowing, wavy red hair and light-colored eyes. She is wearing a dark, ornate, high-collared dress with intricate patterns. The background is dark and smoky, with bright orange and yellow flames and sparks rising from the bottom right, partially obscuring her. The overall mood is dramatic and fiery.

ZOE SCOTLAND

**Serie
LAS SMITH**

Llegó
con el fuego a las
Highlands

Llegó con el fuego a Las Highlands

Las Smith Viajeras del tiempo

ZOE SCOTLAND

Copyright © Julio 2024 ZOE SCOTLAND

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Agradecimientos](#)

[Books By This Author](#)

Llegó con el fuego a

Las Highlands

Prólogo

Amanda

Escocia, año 1578,

Inverness

—No tiene ninguna gracia, que lo sepas —gritó Amanda al ver que Harriet no se encontraba donde antes.

Caminó por el lugar, y al pasar cerca de donde su hermana acababa de vomitar se sorprendió de no encontrar el charco con toda aquella comida masticada que antes casi le provoca arcadas.

—Sal ya Harriet, tengo miedo, sabes que no me gusta nada estar sola, y menos en un lugar que no conozco.

Su hermana no iba a salir de ningún sitio, entre otras cosas porque en aquel año, Harriet Smith todavía no había nacido, a decir verdad, no había ningún Smith todavía.

Amanda caminó angustiada de regreso al hostel, y a pesar de que hacía pocas horas que ambas habían realizado aquel camino, ahora parecía totalmente diferente. Pensó que quizá era debido a la noche, la oscuridad en ocasiones cambia los lugares y los hace irreconocibles. Trató de convencerse.

Pero de repente vio algo. Aquello que tenía frente a ella no estaba allí antes.

Sobre el suelo había una especie de arco de madera, parecía muy antiguo y hecho a mano. Le recordó a aquella arma que salía en la película de Robin Hood y que tantas veces había tenido que ver.

Levantó la vista del suelo atraída por un espeso humo blanco que cubría la zona por completo haciéndolo todo casi invisible. Se adelantó un poco y llamas altas asomaban de entre unos árboles muy cercanos. Se asustó.

Corrió hasta encontrarse de frente con una casita pequeña de construcción muy antigua hecha a mano también, porque aquello no podía ser obra de una constructora.

El fuego se cobraba la vida de lo que en algún tiempo pudo ser el hogar de alguien.

Giró su cabeza para mirar a ambos lados del lugar buscando agua para sofocar aquellas llamas, algo como un río, un pozo, una manguera...

Decidió que poco podría hacer por aquella choza, que en cuestión de pocas horas estaría reducida a cenizas, y pensó en marcharse para pedir ayuda a los bomberos o guardas forestales a su regreso.

Comenzó a alejarse del lugar, hasta que toses exageradas, y voces casi inaudibles pidiendo auxilio la hicieron retroceder y acercarse hasta la puerta con celeridad.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

—Ayuda, ayúdenos mujer, nos ahogamos.

Se puso muy nerviosa al descubrir que dentro de aquella trampa de fuego había personas. La voz le resultó familiar, pero estaba tan obsesionada con encontrar a sus hermanos que cualquier voz le hubiera recordado a ellos.

Fue a abrir la puerta con la manecilla, y encontró una especie de mano de hierro sobre ella bloqueándola. Parecía que alguien no quería que las personas que había dentro pudiesen salir, pensó.

—Un momento, hay algo que cubre la manecilla y está ardiendo. No puedo quitarla.

Trató de retirarla, pero se quemaba. Aquel objeto había alcanzado una temperatura demasiado alta como para tocarlo.

Echó un vistazo a su alrededor y vio unos palos de madera, seguramente habían sido desprendidos del techo de la propia cabaña al quemarse.

Agarró un palo y comenzó a darle golpes para retirar aquella mano de hierro de la puerta. Después de varios golpes fuertes al fin parecía moverse, y fue entonces cuando decidió quemarse su mano a cambio de salvar alguna vida que terminaría quemada si ella no se sacrificaba.

Gritó fuerte mientras apretaba aquel trozo de hierro y lo retiraba de la puerta para poder abrirla.

Sintió tanto dolor después de hacerlo que pensó que iba a morir allí mismo. El pulso se le aceleró, punzadas hasta el alma sentía que recorrían todo el brazo.

De repente comenzaron a salir de la cabaña personas que habían inhalado mucho humo, porque todas se cubrían la boca y tosían sin control. Salió un joven agarrando a una mujer, y dos hombres sosteniendo a otro entre ellos.

Se acercaron hasta ella, imaginó que para darle las gracias por salvarles la vida, y fue cuando Amanda y Peyton se reconocieron.

Peyton se encontraba débil por todo lo expuesta al humo que había estado, y Amanda se apretaba la mano tratando de calmar el dolor inaguantable que padecía.

—¿Estás aquí! —dijo Amanda al reconocer a su hermana.

—Amanda Smith, nos has salvado del fuego —le dijo colgándose de su cuello y abrazándola con fuerza.

Thomas MacKenzie dirigió al grupo hasta orillas del río que nacía cerca de allí. Todos debían beber agua, y en ese momento era lo que se encontraba más cerca.

Craig y Thomas ayudaron a Niall a reclinarle para sorber un poco de agua, mientras que el joven Kennett permaneció junto a ellas.

Cuando recuperaron el aliento y las toses comenzaron a cesar levemente, Peyton hizo las presentaciones oportunas, y Niall al escuchar que aquella mujer era su hermana, sonrió.

—¿Dónde está Harden? —quiso conocer Amanda.

—Está bien, él vive con su esposa en Stirling, y cuando la veas no montes un numerito como yo hice —dijo Peyton poniéndola en preaviso.

—¿Has dejado a Harriet sola? —preguntó Peyton al darse cuenta de que no estaba allí la pequeña de sus hermanas.

Amanda se entristeció porque fue su culpa, ella no tenía que haberle obedecido cuando le ordenó que colocara las manos sobre la piedra, ella debió haberse negado.

Así es que le contó a Peyton lo ocurrido y se abrazaron para darse consuelo.

—Si es tan inteligente como vosotras, estoy seguro de que en poco tiempo la tendremos aquí entre nosotros —dijo Thomas guiñándole un ojo a Amanda.

—Ya puedes estar explicándole al chulo ese que a mí no me van nada los hombres fuertes, con el torso desnudo, y melenas al viento. Además de que el color de sus ojos debe ser el mismo que luce el mismísimo demonio —le dijo Amanda a Peyton acercándose mucho a ella.

—Tranquila yo te lo quitaré de encima, hermana —dijo Peyton para calmar a su hermana.

—Bueno si quiere colocarse sobre mí... —Amanda se tapó la boca al escucharse así misma pronunciar eso.

Y es que *Las Highlands* debían tener un poder sobre aquellas hermanas que impedían que pudieran contener sus pensamientos.

ALGUNOS DÍAS MÁS TARDE...

—Como vuelvas a acercarte tanto a mí, te aseguro que te daré una patada donde más te duela, no es ninguna broma —le dije a la bestia que no dejaba de perseguirme durante todo el camino.

—Puedes relajarte, si estoy cerca de ti nada te ocurrirá, puedes tomarlo como si te protegiera —me dijo finalizando su frase de macho con un guiño de ojo.

No lo soportaba, me sacaba de quicio, aunque a la misma vez sus ojos color ámbar me hipnotizaban por completo. Cada vez que los miraba me detenían cualquier acción. Pero todo ese ego tan hinchado me exasperaba.

—Thomas, ten cuidado es cinturón marrón de karate —le dijo mi hermana en mitad de risas mientras caminaba pegada a Niall McKenzie.

—Poca broma con eso, sabes bien que como me agobie mucho lo tumbo en dos movimientos.

Había pertenecido por más de doce años a la escuela de Karate más importante de Los Ángeles, y si no conseguí el cinturón negro fue porque la falta de tiempo con el nuevo negocio me abrumó.

—Podríamos tumbarnos juntos, no sé qué es karate, pero si quieres me lo puedes mostrar.

Peyton no paraba de reírse junto al que parecía que era su novio, o como narices se llamase eso que tenían esos dos. Mira que me había cansado de repetir que estos hombres de esta época eran como los dioses del Olimpo, y que retozar con cualquiera de ellos pondría el listón tan alto, que después a nuestro regreso, ningún hombrecito del siglo XXI nos serviría. Pues al parecer, mi hermana no escuchaba nada de lo que yo decía, porque solo había que verlos.

—Mira, ya está bien, deja de dirigirte a mí, ¿vale? Imagina que no existo. —Detuve mi paso para decirle aquello y parece que funcionó, porque continuó caminando, y pasó lejos de mí ignorándome.

—No le hagas caso, solo quiere molestarte, es como un crío que siempre precisa más atención que ninguno. —Se acercó hasta mí otro de los hermanos.

—¿Un poco mayor para estas tonterías, no? —respondí.

—Que no te engañe su apariencia, sigue siendo un niño.

—¿Craig, verdad? —le pregunté para asegurarme.

—El mismo. Y el que no para de babear por ti es Kennett, es el más pequeño de todos, pero que no te engañe tampoco, está deseoso de conocer mujer para experimentar sus recientes adquiridas dotes de caballerosidad. A Niall ya lo conoces —dijo aquello y rápidamente me agarró, estiró de mi pegándome a su cuerpo con un suave tirón del brazo. Y aunque no me gustaba que me tocasen demasiado, se lo agradecí, porque de no haber sido así, estaría despeñada por aquella colina que separaba las dos montañas.

—¡Wao! Casi me mato —dije.

—¿Estáis bien? —preguntó Peyton al darse cuenta de que Craig me había salvado la vida.

Levanté el pulgar en respuesta. Miré a Craig que aún me sujetaba del brazo, y me di cuenta de algo, me estaba mirando. Sí, me miraba, pero no me miraba como lo hacía Thomas, ese me miraba como si quisiera comerme, como si fuera el lobo feroz del cuento de Caperucita, en cambio este lo hacía con, ¿dulzura? Sí, me miraba con una mirada sincera. ¿Era eso, o yo me estaba flipando?

Estiré de mi brazo para recuperarlo, y cuando se dio cuenta abrió mucho los ojos y su rostro se sonrojó.

—Perdóname, no me di cuenta de que aún te sujetaba.

—Tranquilo.

Entonces, Thomas pasó por mi lado y me dijo aquello con lo que hizo hervir mi sangre.

—Deberías de mirar por donde pisas o podrías caerte y hacerte daño. Mujer dura.

Al escucharle cerré con fuerza los puños, y arrugué mi nariz, encogí mis hombros y accioné el modo lucha. Caminé dos pasos largos directa hacia donde él estaba, quien continuaba caminando como si nada.

—Eso es lo que él busca. —Craig me detuvo.

—Pues si lo quiere, lo tendrá —le dije y me solté de su agarre para arremangar mis mangas.

—Acabará como él desea. Dejará que le des el primer golpe, después te bloqueará, más tarde te tumbará sobre el suelo, y te inmovilizará de pies y manos apoyando su cuerpo sobre el tuyo. Ahí estarás perdida, y él te tendrá donde quería desde un principio.

Escucharle decir todo aquello, me hizo imaginarme la escena con pelos y señales, claro que no era difícil hacerlo, pues lo tenía a escasos metros de mí, y me quedé paralizada. No sé si comencé a babear, o solo mi cara era de imbécil. El caso es que Craig se acercó hasta mí, chasqueó sus dedos frente a mis ojos, y en ese momento fue en el que desperté de mi sueño erótico con su hermano.

—¿Estás bien? —preguntó colocando sus ojos frente a los míos.

—Sí sí, claro que lo estoy, algo cansada, solo es eso. —Me puse a caminar para disimular.

—Aún no he tenido ocasión de darte las gracias, y quería que supieras que estaré eternamente agradecido de que nos salvases. Si llega a ocurrirle algo... —Señaló con su mirada a Kennett, el que en aquel momento parecía ser ajeno a lo que hablábamos.

—Cualquiera en mi caso habría hecho lo mismo, no podía dejar a personas morir frente a mis ojos.

—Bueno, no todos lo hubieran hecho, fuiste valiente, apareciste con el fuego y eso no lo olvidaré jamás. Estoy en deuda.

—Pues ya que lo mencionas, si de verdad quieres ayudarme, podrías decirle a tu hermano, ese que no se separa de Peyton, que rompa con ella, porque tenemos que recuperar nuestra vida anterior, ¿vale? —le dije y al final le arremetí un golpe brazo con brazo. Lo que ocurrió es que su fuerte y gran cuerpo, hizo que el mío rebotase y fuera al suelo del impacto como si fuera una pluma que vuela sin control alguno por el aire.

—¡Fucking bestia! —dije al aterrizar sobre las piedras.

—¿Estás bien? —Se arrodilló frente a mí.

—¿Qué le has hecho? —Apareció Thomas para gritarle a Craig.

—Batallas de gallos no, ¿ok? Estoy bien, podéis continuar con el senderismo programado.

Me levanté sin la ayuda de nadie y me coloqué junto a los dos tortolitos. Niall todavía estaba recuperándose de su encuentro con el de la mano de hierro, pero en los seis días que estaba durando el viaje a pie por Escocia, yo había podido observar una mejoría notable.

—¿Cuánto calculáis que podemos tardar en llegar a la casa de Harden? —pregunté.

—Estamos cerca. —El hombre de pocas palabras habló.

Cerca. Cerca para mí podía ser del sofá a la mesa cuando se me olvida el mando del televisor. Pero aquí cerca podría ser dos días a pie.

—¿Seguiré siendo joven cuando lleguemos, o voy a encontrarme a un anciano por hermano?

—Estaba harta de caminar por montañas, cruzar ríos, y doblarme tobillos con rocas gigantes.

—Recuerda lo que te dije, respira antes de decir nada ofensivo.

—¿De qué va todo esto, vas a decirme de una vez qué es lo que ocurre?

—Deberías contárselo ya —dijo el gigante mudo.

—Está bien, la mujer de Harden es un clon a Hanna, y cuando la veas vas a enmudecer, pero no te asustes, ¿vale?

—Viniendo de ti que confundes a Charlize Theron con Scarlett Johansson cada vez que sale alguna en la televisión... De verdad, deberías de graduarte la vista.

—Es posible que sea eso —me respondió Peyton asumiendo su mala vista.

—Falta poco para llegar al norte, pero debemos cruzar desde Eilean Donan hasta la isla de Skye, y todavía no sabemos cómo es que lo haremos —dijo Thomas a su hermano Niall.

Me encantaba mirarlo, siempre que no se dirigía a mí parecía un tipo sensato, con buen juicio, poderoso, atractivo, sensual...

—¿Ocurre algo, fuego? —me preguntó Craig. Al parecer me había vuelto a quedar en pausa.

—Ya te dije antes que es cansancio, y no me llames fuego.

Lo que me faltaba, no había sufrido suficiente en el instituto con el color de mi pelo que ahora tendría que aguantar a un *highlander* que se burlase también de mí.

—Robaremos un bote, no será un problema —dijo Niall.

—Espera espera, ¿no es mejor pedir que nos acerquen a la otra orilla? Es que a mí eso de robar no me va mucho, eh.

—Tú no lo robarás, tú solo nos acompañas, seremos nosotros quien lo robemos. —Niall señaló a sus tres hermanos.

—No seré participe de esto, no subiré a un barco robado —dije y me crucé de brazos.

—Amanda, ya basta, aquí las cosas no funcionan como estás acostumbrada.

—Tengo principios —contesté a mi hermana.

—Ya, todavía recuerdo que te saliste con la tuya y tuvimos que pintar el salón de tatuajes de color negro. —Peyton levantó su ceja.

—Venga no puedes decir nada de eso, después lo pintamos de blanco —le respondí haciéndole burla.

—Sí, cuando te diste cuenta de que faltaba luz para hacer nuestro trabajo como debíamos.

Aquello fue una cagada, lo acepto, pero también es cierto que con unas cuantas lámparas más se habría arreglado.

—Lo siento, no puedo más, tengo que descansar. —Estaba intentando aguantar en pie lo máximo posible, pero las fuerzas me flaquearon al ver frente a mí una cuesta empedrada de más de tres kilómetros por lo menos.

—No podemos detenernos aquí, es propiedad de los McDougal, quedarnos aquí sería peligroso.

Aquello lo dijo Thomas, y estuve a punto de ponerme en pie y continuar andando cuando terminó de hablar, pero el muy cretino me miró desafiante, y nadie mira así a una Smith.

—¿Te ocurre algo conmigo? Tú puedes continuar, no te quedes ahí parado mirándome, seré yo la que corra peligro, y puedes estar tranquilo, no me dais miedo los hombres con espada, sabré arreglármelas.

Por alguna extraña razón que desconocía, Peyton no dejaba de sonreír.

—Fuego, siento esto que voy a hacer, pero no podemos dejar que te quedes aquí.

No me dio tiempo de abrir la boca, rápidamente Craig me levantó del suelo, y como si pesase menos que una pluma me cargó a sus espaldas y comenzó a caminar.

—Bájame, que me bajes te digo. No te lo digo, te lo ordeno, eso es, es una orden, así es que obedéceme o tendrás problemas, fucking bestia.

—Deja de moverte, o me obligarás a dormirte.

Ahí sí que me asusté, porque aunque me sonaba a mentira, había algo en aquel lugar que me

rodeaba que me decía que posiblemente fuera verdad lo que decía que me haría.
Me relajé y comencé a disfrutar del viaje.

Capítulo 1

Thomas McKenzie

Maldito demonio, no sabe mantener la boca cerrada, y parece que le gusta provocarme. Al principio pensé que sería divertido jugar con ella, pero ahora no soporto escuchar su voz, me carga escucharla. Y ahora para colmo Craig se ha acercado tanto a ella que no sé si también quiere incomodarme, o por lo contrario le gusta el demonio ese.

Parece que disfruta estar ahí sobre la espalda de mi hermano, quizá era eso lo que ella buscaba, que Craig la cargase para no cansarse.

¿Me acaba de sacar la lengua? Sí, acaba de retarme al pasar cerca de mí. Y el demonio aún no conoce quien es Thomas MacKenzie.

—Hermano, descansa un poco, yo la cargaré un rato —le dije a Craig con el rostro serio para que me obedeciera.

—Como gustes, hermano.

La agarré y la llevé un tiempo en brazos, Ella cruzó los suyos visiblemente enfadada, y bajó su barbilla mirando hacia abajo para no cruzar la mirada conmigo.

—¡Deteneos!

Cogí aire y cerré los ojos, sabía bien lo que ocurría. Los McDougal nos habían visto cruzar sus tierras. Nadie se había atrevido a hacerlo durante muchos años, era conocido entre clanes que aquellos guerreros limitaban sus tierras con la orden expresa de que nadie pisaría terreno suyo sin ser invitado, y si atrevían a desobedecer tendrían que pagar por ello un precio caro.

Barajé la opción de ignorar su orden, pero Niall continuaba débil, y llevábamos con nosotros a dos mujeres, habría sido una mala decisión.

—Discúlpenos, ya nos íbamos, como puede ver pasábamos de largo.

—Eso lo tendrá que decidir mi *laird*, si movéis un paso más estáis muertos.

—¿Vas a obedecerle? —Fuego me susurró desde mis brazos.

No le respondí, y ella me propinó un codazo en mis costillas que me hizo encogerme.

—¡Silencio! —Mandó a callar aquel guerrero.

—Discúlpela —Pedí perdón por ella.

—Si no sabe mantener la boca de su mujer cerrada, quizá debería de enseñarle cómo hacerlo.

—O quizá yo... —Tapé la boca de fuego nada más empezar a hablar, estaba claro que iba a volver a meternos en problemas.

Teníamos serios inconvenientes, y esta mujer nos llevaba de cabeza a por más.

—Acompañadme, os presentaréis ante el *laird*, será él quien decida qué hacer con vosotros.

Así ocurrió. Caminamos tras el guerrero en absoluto mutismo, aunque a mí me costaba hacer que la mujer a la que llevaba en brazos guardara silencio, porque una y otra vez trataba de quejarse.

—No tenéis porqué obedecerle, él es solo uno, vosotros cuatro, dadle una paliza.

—Calla, o por tu culpa tendremos más problemas.

De un salto escapó de mis brazos y comenzó a caminar a paso acelerado para dar alcance al guerrero de los McDougal.

Di tres zancadas para detenerla, por suerte tropezó con una piedra, perdió el ritmo y pude alcanzarla a tiempo.

—O dejas que nos ocupemos de esto, o corres el riesgo de convertirte en comida para los cerdos —le dije mostrando mi enfado.

Al llegar al castillo del clan nos recibieron decenas de hombres formados, protegían a su *laird*. Con un simple vistazo pude ver a dos en cada torre, a cuatro más a las puertas, y frente a cada uno de los ventanucos un guerrero más al menos.

Atravesamos la gran puerta de hierro bajo la atenta mirada de muchos de los hombres allí presentes. Caminamos después por el interior del castillo. Estaba oscuro, solo un par de antorchas iluminaban el recorrido, y al final de este se abrió ante nosotros una gran sala que imaginé sería donde se recibía a los invitados. En otros casos degustarían buena comida, y disfrutarían de mujeres y vino. En este, se nos juzgaría e impondría un castigo.

El *laird* descansaba sobre un sillón de madera de gran tamaño. Su aspecto era deleznable, cabellos largos, barbas largas y sucias. Posiblemente en otros tiempos ya pasados había denotado respeto. Era un hombre grande, más que Niall, también fuerte, pero parecía lento en cuanto a reflejos. Le había costado ponerse en pie más de lo normal.

—¿Quién sois, y porqué habéis pisado mis tierras? —preguntó.

—Somos McKenzie, señor. Solo pasábamos de largo para dirigirnos al norte —respondí.

—¿Por qué hablas tú y no él?

Se notaba que Niall era el mayor de nosotros, y era extraño dejar hablar a otra persona que no fuera él.

—Estoy herido, señor, mi hermano toma mi lugar hasta que me recupere.

Aquel *laird* miró a Niall detenidamente, después repasó a cada uno de nosotros, y con un leve movimiento de cabeza hizo que cuatro hombres se formasen frente a nosotros.

Algo malo significaba aquello.

—Vosotros podéis marchar, ellas se quedan.

—¡Y una mierda! Yo no me quedo en este lugar ni por el mayor tesoro del mundo —dijo fuego colocándose frente a él.

El *laird* rompió a reír. Sus carcajadas eran tan sonoras que impartían terror por todo el castillo.

—¡Apresadla! —ordenó.

No debí hacerlo, porque aquel movimiento lo dificultaba todo. Lo correcto habría sido que las hubiésemos dejado allí y que después hubiésemos regresado a por ellas. En la noche, por sorpresa, así hubiésemos tenido ventaja. En cambio, algo en mi estómago me golpeó cuando la cogían aquellos hombres. Cuando vi como ponían sus manos sobre su cuerpo, como la zarandeaban, o como aquel guerrero acercó su nariz hasta poder percibir su aroma tan cerca de su cuello... No pude frenar mis instintos.

—Un momento, no puede llevársela, es mi esposa.

El *laird* abrió mucho los ojos, se rascó la barbilla que debía esconder detrás de toda aquella barba mugrosa, y sin apartar la mirada de mí me hizo una pregunta.

—¿Estás seguro? —Levantó su ceja.

—No, en realidad todavía no lo es, señor. Nos dirigíamos a la Isla de Skye, allí nos esperan para celebrar la unión.

—Cuanto tiempo sin asistir a una boda —dijo él.

—Si lo desea está usted invitado —respondió Kennett.

—Buen muchacho, ¿Cuál es tu nombre? —preguntó el *laird*.

—Mi nombre es Kennett, señor, soy el menor de mis hermanos.

—La boda se celebrará aquí. Algo me dice que me queréis engañar. Si verdaderamente ellos se van a casar, que sea aquí, en mi castillo.

—Pero señor, los invitados... —dije yo.

—¿Estáis rechazando mi invitación? —Se acercó a mí y clavó su dedo índice en mi pecho con un golpe seco.

—No, señor.

Capítulo 2

Amanda Smith



—Ya sabía yo que no eras de fiar. Hasta que no te has salido con la tuya no has parado, eh. ¡Míranos! ¿Te das cuenta de lo que quiere decir esto? Nos han metido en una habitación a los dos juntos. —Me movía inquieta por todos lados—. Seguro que para vosotros —Le señalé—, esto es como una *suite* de lujo. Ni lo sueñes que vamos a compartir esa cama.

—Si hubieses mantenido la boca cerrada no estaríamos aquí.

—¿No te alegras? Venga no disimules, que este era tu plan. ¿Qué se supone que tiene que ocurrir ahora? Nos casamos, fornicamos durante toda la noche, y al día siguiente nos vamos, ¿es eso?

—Nos casamos tú y yo, o el *laird* te hará suya. —Se acercó a mí con el gesto serio—. Fornicamos toda la noche o lo que puedas aguantar, mujer fuerte. —Ladeó la cabeza y sonrió a la vez—. Y te aseguro que no somos sus invitados, sino más bien sus prisioneros. Resultará difícil salir de aquí.

Me asusté, mucho, tanto que comencé a temblar de miedo. Y a la misma vez no dejaba de pensar en lo que acababa de decir. *Toda la noche o lo que yo pudiese aguantar...*

—No dejaré que me toques ni un pelo, ¿te enteras? —le dije tiritando.

—¿Tienes frío? —Colocó su gran mano sobre mi brazo desnudo.

Yo con un rápido movimiento me aparté y caminé hasta la cama para coger la manta que la cubría y colocármela sobre los hombros.

Dios mío, qué escalofrío acababa de sentir al notar su gran mano sobre mi cuerpo.

—Deberíamos descansar.

Miré por toda la estancia buscando otro lugar para poder tumbarse, pero allí solo había una cama. Grande, pero una.

—Imagino que un guerrero como tú estará acostumbrado a dormir sobre la paja de los establos, sobre la hierba de los bosques, o incluso sobre piedras.

—No.

—Bueno, pues hoy te estrenas —le dije aquello y coloqué la manta que llevaba sobre mí en el suelo. Cogí un almohadón también y lo hice caer sobre la manta.

Me di la vuelta, caminé unos cuantos pasos y me dejé caer sobre la cama.

—¿Vas a dormir conmigo? —Me sorprendió tumbado sobre el colchón.

—Ni lo sueñes, baja ahora mismo al suelo —le dije al verlo a mi lado.

—Es suficientemente grande para los dos, no pienso dormir ahí abajo.

Al sentarme en el colchón me clavé algo bajo la piel.

—¡Ay! ¿De qué demonios está relleno esto?

—De paja, solo algunos lo están de plumas, si lo deseas puedes dormir sobre mi cuerpo. No te clavarás nada.

—Ni lo sueñes.

La puerta fue golpeada, después se abrió despacio y Niall entró por ella.

—Me temo que no es sincero —irrumpió—, debemos tener los ojos bien abiertos. ¿Tanta hospitalidad para unas personas que han pisado sus tierras? —le hablaba a Thomas.

—Exageras, ¿qué sino? No nos van a cortar la cabeza por ese motivo, sería ridículo —le dije.

Ambos me miraron con gesto serio.

¿De verdad serían capaces de hacer algo así? Les observé detenidamente mientras ellos hablaban, y no parecían tranquilos. Niall zarandeaba a su hermano por los hombros. Le instaba a tomar el control de todo. Thomas asentía con la cabeza.

—Después de que se celebre la boda debemos de escapar. Aprovecharemos que están borrachos como cubas para salir de aquí —dijo Niall.

—Está bien, cuando nos retiremos a nuestras alcobas será el momento en el que escapemos.

Niall se acercó a mí.

—No tengas miedo, mi hermano te protegerá, pero haznos un favor a todos. Cierra la boca.

Me dijo aquello y se marchó, me dejó sin palabras, y a la vez escuchaba las risas de Thomas intentando ahogarlas.

—No hace gracia. De hecho no comprendo como tienes estómago para reírte en un momento como este.

—Tranquila, fuego, mañana serás mi esposa, y deberé protegerte con uñas y dientes. Todo irá bien —dijo, y aquella última frase sí que me tranquilizó.

Caminaba en dirección a mí, y se quedó tan cerca que podía olfatear el sudor de su piel. Lejos de provocarme asco, sentí la atracción suficiente como para dejarme llevar hasta él. Di un paso y entonces escasos centímetros nos separaban. Thomas me miró extrañado, y no lo juzgaba, pues desde que nos habíamos conocido lo único que había recibido por mi parte eran impertinencias y malos gestos.

—Puede que el *laird* sea benévolo con nosotros, y no sea necesario que huyamos.

—No lo es. Ningún McDougal es razonable, no esperes que eso suceda. Debemos de estar preparados para lo peor.

Asentí con la cabeza.

Thomas dio un minúsculo paso más y se quedó pegado a mi cuerpo. Colocó su enorme mano sobre mi hombro.

—Y ahora —hizo una pausa corta, aunque a mí me parecieran horas—, descansa, mañana será un día difícil.

Sí, creí que me iba a besar, y no porque yo lo estuviese deseando, porque si me dejaran elegir hubiese dicho el nombre de Craig, él era mucho más respetuoso.

Los ojos ámbar de Thomas brillaron especialmente cuando agarré su mano para apartarla de mi hombro. Yo estaba acostumbrada a ver hombres fuertes. Al estudio de tatuajes entraban muy a menudo cuerpos robustos, musculados, les veía sin camiseta, incluso en ocasiones sin pantalones, pero Thomas McKenzie parecía de otro mundo. Era como una roca, fuerte y grande.

—Jamás pensé casarme con alguien como tú —dijo para mi sorpresa.

—¿Como yo? —pregunté mientras me descalzaba.

—Sí, con ese color que tienen tus cabellos. Siempre pensé que lo haría con una mujer morena.

—Pues ya ves, soy pelirroja.

—Como el fuego, candente, ardiente. —Sonrió.

—Pues ya sabes, no te acerques o te puedes quemar.

Necesitaba quitarme estas ropas que llevaba puestas todo el día, pero ni se me ocurriría delante de él. Además de que parecía un hombre guiado por sus instintos, y no me lo podía imaginar durmiendo junto a una mujer medio desnuda. Así es que decidí tumbarme sobre la cama compartida, muy al borde para no rozarnos, pero con mis ropas puestas.

—De donde tú vienes, ¿es muy diferente a Escocia? —pronunció él.

Estaba intentando dormir, pero al parecer él no iba a hacerlo.

Una ráfaga de aire golpeó con fuerza la ventana dejándola abierta al completo. Thomas salió de la cama para ir a cerrarla, y mi cara de asombro al verle desnudo me duró varios segundos.

¿Cómo podía ir desnudo si hacia una noche fresca? Yo no llevaba bien el frío de este lugar, cogí las mantas y me cubrí al completo dejando solo la cabeza fuera.

—¿Tienes frío? —preguntó al verme

—Veo que tú no. Haz el favor de vestirte.

—¿No te gusta lo que ves? —Insistió.

Vaya que si me gustaba, me encantaba, pero yo misma había creado esa regla. No retozar con ningún hombre de este siglo, o a mí regreso ninguno de mi época me serviría.

—No.

—Permíteme que lo dude, he visto como no podías apartar tus ojos de mi cuerpo.

Thomas se tumbó de nuevo sobre la cama, y se acercó a mí más que antes de salir a cerrar la ventana.

Yo me quedé quieta, cualquier movimiento que hiciera me llevaría directa a su cuerpo, estaba segura de eso.

Él retiró la manta que tapaba mi cuerpo, y volvió a acercarse otro poco.

Mi corazón ya se había disparado, mi sangre corría por todo mi cuerpo alterada, y mi sexo se contraía. Era como si yo fuera un imán, y él otro bien grande tratando de unirse a mí.

El ceño de Thomas se frunció, y después levantó una de sus cejas, para más tarde dibujar en su rostro una sonrisa ladina.

—¿Ves algo que te provoque risa?

—No. ¿Quieres saber lo que me provoca?

Miré su boca, una grande, son labios hinchados, y me invadió el deseo de besarlos. Me habían entrado unas ganas absurdas de saber cómo se movería encima de mí aquel *Highlander*.

Entonces Thomas cogió mi mano y la puso sobre su enorme y abultado miembro. Abrí mucho los ojos al encontrarme con aquello entre mis dedos, y no pude hacer otra cosa que moverla de arriba abajo deseándola dentro de mí.

Me besó, se abalanzó sobre mí y me besó con locura, él era el que quemaba, sentí un fuego abrasador en mi entrepierna al notar su enorme miembro rozarse con ella, y gemí. Aquello debió de excitarle mucho porque como si fuera una bestia bajó hasta mis pantalones y arrancándomelos con prisa escondió su cabeza en mi sexo.

Primero sobre la ropa interior, rozando su nariz con mi clítoris. Yo me arqueaba de placer, gemía, gritaba, jadeaba.

Después bajó mis bragas y metió su lengua experimentada lamiendo todo lo que a su paso encontraba, hasta dar con el punto exacto que me hacía revolverme de placer.

—Esto es lo que me provoca mirarte. Fuego, eres peligrosa.

Y se apartó de encima de mí.

Capítulo 3

Thomas McKenzie



Mientras la hacía arder en placer recordé que la noche de bodas estaba por llegar, y frené todo para así tener algo que regalarle al día siguiente.

—¿Así es como lo hacéis por aquí? —dijo mientras se subía de nuevo los pantalones.

—No creo que sea diferente de donde tú vienes, fuego.

—Ya te he dicho que no me llames así, mi nombre es Amanda. Y te diré que nunca nadie me ha dejado de esta manera...

Mejor, de esa forma le sería más fácil recordarme. Sonreí y estiré de la manta que se había quedado a nuestros pies. Me tapé hasta la cintura y le di la espalda.

—Eres increíble, me calientas para después dormir.

No iba a dormir, y quizá me había molestado a mí más que a ella apartar mi cuerpo del suyo.

La escuché quejarse un poco más, después debió quedarse dormida porque no se movió en toda la noche.

A la mañana siguiente me puse en pie con mucho cuidado de no despertarla.

Cerré en silencio la puerta de la alcoba, aliviado de que continuase durmiendo me alejé. Me dirigía hacia la alcoba de Craig cuando los recuerdos de las últimas horas se apoderaron de mí. Mis pasos pasaron a ser lentos, torpes, esa mujer hacía que perdiese el control de mi cuerpo, incluso aun cuando no estaba cerca.

Al abrir la puerta, pude ver que Craig no se encontraba allí, caminé hasta la alcoba de Kennett, quien tampoco descansaba en la suya. Alertado llegué hasta donde Niall y Peyton debían estar, y al abrir su puerta algo me indicó que nada iba bien. Peyton y mi hermano conversaban acaloradamente.

Con los nervios tensos como la cuerda de un arco esperé a que fuera él quien me dijera lo que estaba ocurriendo.

—Hemos sido estúpidos, debimos intuirlo.

—¿Qué es lo que les han hecho?

—Todavía no lo sé, y Peyton insiste en que sea el *laird* quien nos lo diga.

—Vayamos a por él.

—No, bajemos a desayunar como si nada, yo simularé ir en busca de vuestros hermanos, será entonces cuando él deba hablar, si no lo hace le obligaremos.

—Deberíamos adelantarnos a él —habló Amanda detrás de mí.

Ella tenía razón, si nos adelantamos a nuestro enemigo tenemos ventaja, esa es una regla básica de la guerra.

Dos guerreros aparecieron detrás de nosotros, sostenían espadas en sus manos, y nos pidieron que les acompañáramos. Vi como Amanda iba a hablar, pero de igual manera también vi como apretó los puños con rabia y silenció su boca antes de que pudiera decir nada.

Al llegar a la gran sala podíamos ver como esta lucía la mayor parte adornada. Velas, flores, y varias sillas frente al trono del *laird*.

—Siento que todo les esté resultando desagradable —dijo mientras se paseaba frente a su sillón de madera gigante, daba largas zancadas de un lado a otro, y apoyaba su mano sobre la espada que colgaba de su cintura.

—¿Qué has hecho con mis hermanos? —preguntó Niall.

—De verdad que lo siento, pero no os preocupéis, no les he matado. Todavía. —Sonrió—
Dependerá de vosotros.

—Teníamos un trato —le dije.

—No me hagas reír, yo no hago tratos con ladrones. Yo los mato.

Era inútil discutir, él sabía bien que no éramos ladrones, de haber sido así, no hubiese dudado en matarnos nada más vernos.

—¿La boda? —pregunté.

—Oh, sí, claro que habrá boda. Solo que a habido un ligero cambio.

Tanto Niall como las mujeres nos miramos extrañados.

—¿Cambio?

—Sí, nada de lo que nadie deba de preocuparse en exceso, es tan solo una cosa por otra, un cambio insignificante.

—¿Va a decirnos donde están nuestros hermanos?

—Después de la celebración serán libres, como vosotros. Todos menos mi esposa.

—Su esposa...

—Como has escuchado, mi esposa.

Señaló a fuego con su espada mientras dibujaba una sucia y asquerosa sonrisa en su boca.

—¡Ni lo sueñe! —dijo ella.

—O te casas conmigo, o moriréis todos, los primeros no es necesario que os diga quienes serán.

Me froté la frente para calmar el palpar en mi cabeza. Por más tiempo que reflexionase sobre nuestras posibilidades, no daba con ninguna opción en la que no acabásemos muertos.

Solo cabía una opción, y estaba seguro de que no sería fácil convencerla de ello.

—Comprendo que necesitéis despediros, después de la boda será toda mía. Alejaos de mi vista y resolved vuestra separación lejos de mí, tenéis poco tiempo. Después uno de mis hombres irá en busca de mi prometida para celebrar tan bella unión.

Amanda comenzó a temblar debido al miedo que en aquel momento estaría experimentando. De pronto una suave brisa sopló, provenía de las colinas cercanas al castillo. Aquel aire movía los espesos olmos y también los fuertes robles que estaban junto a la fortaleza. Miré hacia el este y vi como muchos hombres montados a caballo se acercaban. No parecían ser esperados.

—Está bien, me despediré de ella y después nos marcharemos.

—¡Thomas! ¿qué estás diciendo? —Peyton enfureció.

—Es lo más sensato, de esa manera nadie morirá. —dijo Niall. Él sabía que de no ser porque tenía un plan, jamás actuaría así.

—Ven conmigo, que estoy deseando darte una paliza como despedida. —Se remangó las mangas Amanda al decirme aquello.

Intentaba hablarle con mis gestos disimulados, la instaba a que mirase por la ventana, pero ella era terca y cabezona, no veía ninguna otra cosa que no estuviese frente a sus narices.

Bajo la mirada del *laird* cogí a Amanda del codo y casi en volandas me la llevé al interior del castillo.

Caminaba con paso rígido intentando zafarse de mi agarre, pero no la iba a dejar escapar.

Al llegar a la alcoba la arrojé al interior. Y cayó al tropezarse con un almohadón que había en el suelo.

—¿Estás bien? —Me acerqué para ayudarla a levantarse.

—Estás de coña. Me entregas a los brazos de un asqueroso tipo que cuando me mira se le cae la baba, y ahora te preocupas de que me haya hecho daño al caer sobre un mullido cojín.

Se puso en pie y se abalanzó cargada de rabia golpeándome en el pecho con los puños cerrados. La dejé que terminase, y después la besé.

—No te va a pasar nada, confía en mí.

Me miraba mientras su respiración se mezclaba con la mía. Todavía estábamos muy cerca, incluso nuestras narices se rozaban, y entonces una flecha pasó cerca de nuestras cabezas. Pasó silbando junto a mi oído. Habían fallado.

Sin aviso empujé su cuerpo haciendo que cayera al suelo. El vello se me erizó en el cuello, no hacía demasiado tiempo que se libraba una batalla. Al ver as esos hombres por la ventana del salón pude entender que el castillo iba a ser atacado, lo que no esperaba era que fuese tan pronto.

—¿Quién ha disparado esa flecha? —preguntó Amanda.

—Aún no lo sé, pero debemos de salir de aquí, o la próxima flecha no será fallida.

La puerta fue echada abajo de una patada.

—Son saqueadores, no pertenecen a clan alguno, no llevan escudo, ni son enviados por el rey —Niall entró a la alcoba con Peyton—. Vienen a robar.

—Escondámoslas, si encuentran mujeres querrán tomarlas...

Era imposible que se escondiesen, teníamos que salir del castillo.

Un pánico ciego destrozó toda mi calma. Kennett y Craig todavía estaban presos, pero si queríamos proteger a las mujeres no había otra opción que salir de allí.

—Por la ventana —dije.

—Debes de estar loco si piensas que podemos trepar por los árboles, no somos monos —se quejó Amanda.

La ignoré, ya me estaba dando cuenta de cómo era ella. Se quejaba siempre, pero después obedecía.

Con un grito ahogado salté por la ventana y me agarré a una rama cercana, después caminé cómodamente por otra rama más ancha dejando espacio para que ellos pudiesen hacer lo mismo.

—Salta, no te va a ocurrir nada. Yo estoy aquí —le dije y saltó.

Más tarde lo hicieron Niall y Peyton, y escondiéndonos dentro de la copa del árbol pudimos ver como los ladrones abandonaban el castillo.

—¡Bien! Los habrán matado a todos, incluido al *laird* ahora podemos buscar a tus hermanos —dijo Amanda.

—¿Y quien te dice que no los han matado también?

No, no lo habían hecho. Lo que sí habían conseguido era encontrarlos, pero lejos de asesinarlos se los llevaban capturados.

Caminamos detrás de su rastro más de lo soportable para nuestros pies, y cuando tuvimos oportunidad de hacernos con algún caballo no dudamos en robarlos.

El sol de aquel día lucía alto en el cielo, y sus fuertes rayos implacables atravesaban mi piel. Ignoraba la calor, solo me concentraba en avanzar hasta llegar al carro de aquellos forajidos que habían capturado a mis hermanos.

El cansancio no nos dejaba pensar con claridad, tampoco ver más allá de lo que nos mostraba el camino, y sin esperarlo, varios hombres nos cortaron el paso.

Miré a mi hermano, y este negó con la cabeza, ninguno de nosotros nos encontrábamos con fuerzas suficientes como para salir victoriosos en una pelea, por simple que pareciera..

—No queremos problemas —habló Niall en esta ocasión—. Solo buscamos a nuestros hermanos, alguien se los llevó cuando estaban presos en el castillo de los McDougal. Entraron, acabaron con ellos y se llevaron a Kennett y Craig McKenzie.

Los hombres se miraron entre ellos, y después de que algunos de ellos asintieran con la cabeza, se volvieron a nosotros.

—Podéis continuar, y tened cuidado, esos hombres a los que llamáis ladrones no son otros que guerreros recientemente unidos a los Campbell.

Niall se alertó al escuchar el clan del tullido, era por su culpa que nos encontrábamos en aquella situación, y por su culpa también que mi hermano arrastraría una larga recuperación. Ahora necesitábamos conocer si había sido casualidad llevarse a dos McKenzie o por el contrario nos seguían la pista para acabar con nosotros.

Agradecemos a los hombres, y después de espolear a los caballos continuamos la marcha tras las pocas huellas visibles de la carreta.

El camino nos llevó hasta las orillas de un río, y aquello nos hizo enfurecer.

Niall y yo desmontamos para buscar algún rastro más allá del río. Perdíamos la pista de nuestro hermanos.

Capítulo 4

Amanda Smith



—¿Qué se supone que es todo esto? ¿Acaso vas a negarme que deseabas casarte con él?

—Peyton susurraba mientras tiraba de mi pierna para que yo también desmontase del caballo.

—Y me lo dices tú, la que no ha dudado en aparearse con el *highlander* más buenorro de toda Escocia —Rebufé.

—Es diferente, lo nuestro es amor, pero tú te has pasado todo el tiempo intentando llamar la atención de Thomas y Craig. Estaba claro lo que pretendías.

Descendí del caballo, y no respondí a sus impertinencias. No importaba como había ocurrido nuestro acercamiento, era un momento que pensaba disfrutar.

—Es imposible seguir ningún rastro ya, pensemos qué es lo que hay al otro lado del río, ¿para qué querrían a dos hombres, qué es lo que pueden hacer con ellos?

—En el caso de que no sepan quienes son, venderlos, son fuertes. Eso es, van a venderlos a mercantes que viajen a África, o, a Piratas.

—Estarán en Portree, eso es lo que hay más adelante, la Isla de Skye. No hay tiempo que perder, pongámonos en marcha.

Mientras Niall y Thomas organizaban el camino, yo pensaba en las duras palabras que mi hermana me había dicho. Todo era cierto, desde que vi que ella y Niall compartían eso que tenían sentí una envidia terrible, y no actué como acostumbro. Deseaba llamar la atención de esos dos hermanos, y Thomas me lo ponía bien fácil con ese carácter chulesco. Pero yo no era así, y por un rato de sexo no merecía la pena comportarme como una niña.

Montamos los caballos y cabalgamos durante horas. El sol ya se había escondido cuando acampamos en un claro iluminado por la luna. Thomas se quedó dormido antes de que me diese tiempo a abrir la boca. Sentía frío, y si no fuese porque horas atrás había decidido cambiar al completo mi comportamiento, me hubiese acercado a él para que su cuerpo me diera calor y así conseguir dormir.

Cuando el sol comenzó a asomar por lo alto de una montaña, mi hermana y Niall se levantaron de su placentero sueño. No comprendía como les era posible cerrar los ojos en mitad del bosque, pudiendo ser devorados por cualquier animal. Thomas se marchó en dirección hacia donde debíamos continuar. Me hice la dormida para no cruzar palabra con él, pero lo cierto era que ni un segundo había podido dormir.

—Debemos continuar, iré a por mi hermano, seguro ha encontrado algún lugar donde lavarse.

Niall abandonó también el pobre campamento, y Peyton se acercó hasta mí.

—Siento haberte hablado de aquella manera. No era mi intención hacerte sentir mal. Estoy nerviosa desde que apareciste, solo hago que pensar en nuestra hermana, está sola, es demasiado pequeña como para que se las arregle.

—Es lista, seguro que regresó a casa y se ha quedado con alguna amiga.

—Marchemos —dijo Niall de regreso junto a Thomas.

Parecía mojado, con su pelo despeinado y tapando buena parte del rostro. No llevaba camisa, y a pesar de saber que debía de moverme para irnos, mis pies no me respondían, no podía dejar de mirarlo. La verdad es que no solo deseaba mirar, también me gustaría tocar esa piel bronceada por el sol, y esos fuertes brazos musculosos.

Con un suspiro salí de mi ensoñación, y cuando todo estuvo recogido para iniciar el camino, como si fuese el mismísimo diablo, comenzó a tentarme de nuevo.

Hacía mucho tiempo que sabía que iría directa al infierno por todos los pecados que había cometido. No me importaba el juicio de Dios sobre mí, ni tan siquiera estaba segura de que existiera, pero en ese instante tuve la sensación de que mi penitencia comenzaba. Sino, ¿por qué otro motivo tenía que presenciar aquella adorable escena de Thomas cabalgando sin camisa sin que yo pudiese tocarle?

—¿Me estás mirando? —preguntó.

—Por supuesto que no —le respondí cambiando el rumbo de mi mirada.

—Mientes —farfulló.

—Podría yo decirte lo mismo.

Vi como Thomas levantó su ceja y sin creerse nada de lo que yo decía se colocó cerca de mi caballo con el suyo.

—Deberíamos terminar aquello que empezamos en el castillo de los McDougal —dijo Thomas con una sonrisa pícara.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué me rechazas ahora?

—Digamos que no me siento atraída por ti.

—Vuelves a mentir. —Esbozó una sonrisa— Sé cuando una mujer me desea.

—Pues conmigo te equivocas.

Después de un largo camino de casi un día completo, pudimos ver a lo lejos barcos sobre el agua. Habíamos llegado, se terminaba mi reto de permanecer callada por más tiempo al lado de la bestia de Escocia.

Al no haber dormido nada, cuando nos acercamos a puerto, el sonido del mar me resultaba atronador, era tan distinto a los que yo conocía, en calma.

Aquel paisaje no me entusiasmó demasiado, vientos fuertes del norte se había levantado, apenas se veía algún árbol, acantilados contra cuyas rocas se estrellaban las olas, y los barcos no eran demasiado grandes, eran de vela y se veían oscuros.

Se escuchaban carcajadas provenientes del muelle, era algo similar a una taberna en horas tempestivas.

—Esto no me gusta —dije mientras caminábamos acercándonos a cada poco más a la gente.

Thomas se giró con una media sonrisa y me miró.

—Vamos, fuego, ahora no podemos dudar.

Frené el paso al reconocer a los forajidos que habían arrasado en el castillo de los McDougal, y estiré de la camisa que Thomas acababa de ponerse al desmontar del caballo.

—Tus hermanos, están ahí —le dije en un susurro mirando de reojo y señalando la dirección.

Él se encargó de avisar a Niall y a Peyton, y nos escondimos lo más rápido que pudimos detrás de unos barriles apilados.

—Me temo que tendremos que pelear —dijo Niall.

Peyton lo silenció tapándole la boca, para más tarde hacerle entrar en razón de que si intentaban luchar ellos dos solos, lo más probable era que muriesen.

Tenía razón, ellos al menos eran seis, y corríamos el peligro de que algunos hombres del puerto se unieran a ellos en la batalla.

Desechar la opción de pelear no nos dejó otra que subir a bordo y soltar a los McKenzie sin que nadie nos viese. Ese era el plan.

Todo marchó bien, entramos hasta las bodegas para rescatarles, no había costado mucho

esfuerzo, la mitad de la tripulación había bebido tanto que no se mantenía en pie, y el resto jugaba a las cartas mientras continuaban haciéndolo.

Estábamos descendiendo del navío, cuando de repente unos piratas que pretendían subir a bordo tropezaron haciendo que nos separáramos para no ser vistos, y uno de ellos cayó al suelo con tan mala suerte que bloqueó mi salida. Solo faltaba yo por apearme de la embarcación. Y todo por mi cabezonería, por pelear con Thomas en si debíamos salir primero las mujeres o no.

Las voces de los otros hombres subidos al barco me alertaron, y me escondí para que no me descubrieran.

Contuve el aliento al entrar en un cuartucho diminuto donde seguro se guardaban los utensilios de limpieza. Aunque allí tan solo se encontrasen escobas y cubos, bueno, y también la orina de los hombres, al parecer. La mala suerte me acompañaba hasta viajar conmigo a la época en la que me encontraba, y cuando quise salir de allí, la puerta había sido bloqueada, después comencé a escuchar cosas como, izad la vela mayor, recoged cabos, elevad pasarela...

Capítulo 5

Thomas McKenzie



—Que me dejéis subir a ese barco —Peyton intentaba convencernos de que debía subir al barco que acababa de zarpar con rumbo desconocido, y en el que su hermana viajaba de polizón.

Si Niall no la tuviese agarrada por la cintura rodeando su cuerpo, en lugar de un problema, ahora tendríamos dos.

Habíamos conseguido rescatar a Kennett y Craig, pero Amanda corría mayor peligro todavía.

El abrazo al recuperarlos fue fugaz debido al gran problema que nos había sorprendido al ponernos a salvo. Todos menos ella, esa mujer que al aparecer frente a mí supe que muy a pesar de habernos salvado, a mí me mantendría preso mientras durase su viaje en mi época.

No había otra manera de hacerlo, debíamos subir a otro barco, y cuanto antes lo hiciéramos, antes la encontraríamos.

El aroma a madera y mar nos envolvió a todos. Acabábamos de tomar un barco, no muy grande, uno fácil de manejar, pues solo precisábamos rescatar a fuego, y para eso debíamos ser más rápidos que ellos en el mar.

El suelo se hunde bajo mis pies, la madera cruje, y al poco se vuelve a elevar, las olas me salpican el rostro, y no puedo evitar sentirme furioso al pensar en ella. Un dolor penetra en mi pecho al pensar en que, ella es vulnerable, y si la descubren no dudarán en hacerla suya una y otra vez, pasando por cada uno de ellos.

—¡Más rápido! —grito exigiendo velocidad.

—¿Estás bien? —Se acerca Peyton y se arrodilla hasta quedarse a mi altura.

Me he sentado sobre las mojadas maderas del suelo.

—Hay que sacarla de ahí.

La agarro por las manos, no tengo la intención de preocuparla, pero no puedo hacer como que no ocurre nada.

—Es fuerte, es la más fuerte de nosotras. Sé que va a estar bien.

Al rato Peyton regresa junto a mis hermanos, y yo observo con el catalejo. Veo a lo lejos un barco, es él.

Se ha hecho de noche pronto, y entre el cielo y la vela mayor no veo ninguna bandera, ¿o sí? Sí, sí que la hay, es una bandera negra, estábamos en lo cierto, es un barco pirata.

Y nos lanzamos a la desesperación. Sabemos que corremos peligro de que se derrame nuestra sangre, pero no nos permitiremos que Amanda sufra a manos de esos piratas.

—Barco a la vista —grito a Craig que es quien maneja el barco.

—Deben de estar a unas tres millas —Kennett grita también.

Niall nos reúne y nos cuenta su plan.

Cuando estemos más cerca recogeremos las velas y les haremos pensar que el barco va a la deriva, para que cuando se acerquen a tomarlo, les sorprendamos.

—Nadie ansía apoderarse de un barco más que un pirata. Es una gran idea, hermano—dice Craig al escucharle.

Todo ocurrió muy rápido, no hubo tiempo para mucho más. Mientras mis hermanos luchaban con piratas poco instruidos en el arte de matar, Peyton y yo atravesábamos las maderas que ellos mismos habían colocado para venir directos a la muerte.

Protegía a Peyton todo el tiempo, no sabíamos lo que podíamos encontrarnos cuando

subiéramos al navío.

—Amanda, Amanda, Amanda —Peyton gritaba todo a cada paso que daba.

Abríamos puertas buscándola, pero tras ninguna de ella la encontramos.

Con el corazón en la garganta de pensar que la habían tirado por la borda después de haberla matado, me dejé caer de rodillas sobre el suelo.

Golpeaba las maderas de rabia con mis puños, y Peyton lloraba desconsolada, seguro que también había pensado como yo.

Pasamos varios minutos golpeando cosas de aquel barco, y por fin decidimos regresar con mis hermanos, los que nos observaban atónitos desde su posición.

Iba caminando y golpeando todo a mi paso, y al patear con fuerza una puerta situada en la cubierta, esta se abrió y descubrió a Amanda. Se sujetaba las rodillas con las manos. Estaba agachada, con la cabeza entre sus piernas, temblaba, seguro que lo hacía de miedo.

—¿Fuego? —pregunté al verla.

Levantó la cabeza y al vernos comenzó a llorar.

—Amanda, ya estás a salvo. —Su hermana la abrazaba.

—Me quedé encerrada nada más subir al barco.

Se abrazaron por un tiempo, y yo también deseaba hacerlo, pero ver que seguía con vida era suficiente.

Después de que todos estuviésemos a salvo, aprovechamos el barco para llegar a la isla de Skye. Amanda y Peyton deseaban reunirse con su hermano Harden, y emprendimos rumbo hacia el lugar.

Capítulo 6

Amanda Smith



Al llegar al lugar donde Harden le dijo a Peyton que mantendría su hogar pude ver un brasero en el exterior, que proyectaba una luz anaranjada sobre una pared de la casa. Se veía una casa de piedra pequeña.

De pronto, se oyó el crujido de la cerradura de hierro de la puerta, y Harden salió por ella.

Alzó su mirada, y después de hacerlo, frotó sus ojos, se quedó parado un poco más de tiempo, y volvió a frotarse los ojos. Entonces afirmé con la cabeza, y él salió corriendo hacia donde yo estaba.

—¿Amanda? ¿Qué diablos haces aquí? —Harden parecía reír de alegría, pero también me sostenía por los hombros recriminando que estuviese allí.

—Ni lo intentes. —Quise avisarle antes de que empezase a decirme que debería de estar en Los Ángeles, porque por alguna extraña razón que yo desconocía, ellos podían abandonarlo todo, y yo no.

—Pero, está sola...

Sí, se refería a nuestra hermana, y era el único motivo por el que necesitábamos regresar pronto.

Así es que se lo dije. Después de besarle, abrazarle, y mirarle atentamente, porque estaba muy cambiado, tanto que me costaba reconocer a Harden detrás de sus ojos. Le dije que debíamos regresar cuanto antes. Y lo que no esperaba fue su respuesta.

—Yo no me marcharé de aquí.

Se quedó mirando a su casa.

—¿Cómo puedes decirme eso y quedarte tan tranquilo?

Entonces fue que comprendí todo.

Miré más allá de donde se encontraba mi hermano, miré hacia su casa, y allí estaba la razón. Hanna, Hanna también había viajado con él.

—Ven conmigo —me dijo ofreciéndome su mano.

—Ni se te pase por la cabeza que yo salude a la persona que más daño te hizo en el mundo.

—Te estás equivocando —me dijo y miró a Peyton que ahora se encontraba a su lado.

—Intenté decírtelo, no es Hanna, su nombre es Violet, y al contrario de aquella a la que nombras, esta si lo ama.

Negué con la cabeza, me tomaban el pelo. Era imposible que la persona que estaba viendo con mis ojos no fuera la misma que abandonó a mi hermano antes de casarse. Era imposible.

Pocos segundos tuve que meditar en ello. ¿Imposible? ¿Era imposible que se parecieran, y no era imposible viajar al pasado como nosotros lo habíamos hecho?

—Amanda, Violet es una mujer diferente, diferente a la que te recuerda, pero no diferente a ti. —Harden sonrió y me agarró de la mano.

Tiraba de mí mientras caminaba hasta ella.

Juro por mi vida que cuanto más me acercaba más se asemejaba su rostro al de Hanna. Hasta que la tuve delante. Fue cuando la miré a los ojos que descubrí la verdad. No era Hanna, porque ella nunca me había mirado de aquella manera, ella siempre se mostraba hostil, en guardia, como a la defensiva, preparada para librar una batalla. En cambio la mujer que me miraba reflejaba cariño en sus ojos.

—Encantada de conocerte, Amanda, Harden me ha hablado tanto de ti que siento que te conozco.

—Hola. —La verdad es que no me salió mucho más, probablemente me encontraba en estado de *shock*.

—Necesitamos descansar, Niall todavía está recuperándose. Y si no llega a ser por ella, estaríamos todos muertos —Eso lo dijo Thomas.

—Pasad, contadme todo lo que ha ocurrido. —Harden entró el primero y después el resto le seguimos hasta el interior de su hogar.

Al cruzar el umbral de la casa, me encontré de repente en un mundo completamente diferente, sabía que estaba en Escocia en otro siglo diferente al mío, pero más allá de un castillo medieval, no había podido detenerme a observar con detenimiento. La luz del sol se filtra a través de pequeñas ventanas sin vidrio, cubiertas con pergamino, arrojando haces de luz sobre paredes de piedra robustas y desgastadas por el tiempo. Las paredes, construidas con piedras irregulares y unidas con barro, parecían respirar historias de generaciones pasadas. No podía cerrar la boca al ver como Harden se movía con agilidad por allí. Llenó un caldero con algunas verduras y agua, y lo colocó al fuego dentro de la gran chimenea que se encontraba en lo que debía ser la cocina. Todos se sentaron alrededor de una mesa grande de madera. Menos Niall que se dejó caer en una especie de colchón alejado en la sala.

—El tullido intentó matarnos, y me temo que lo intentará de nuevo.

—Aquí estáis a salvo, nadie conoce nuestra nefasta relación con los Campbell.

—Me temo que de regreso a Inverness no lo tendremos fácil.

—¿Regresar? —Harden le preguntó a Peyton.

—No te pido que tú lo hagas, pero nosotras debemos regresar junto a Harriet.

Peyton susurró aquello, pero Niall la escuchó desde donde estaba.

—Iré con vosotras —dijo incorporándose.

—Por favor, dejad ya esas demostraciones de amor, lo he pillado desde el principio. Seré yo la que vuelva a Los Ángeles con Harriet —dije.

—¿Después regresarás? —preguntó Thomas.

—No se me ha perdido nada aquí, y Harriet es demasiado pequeña como para vivir atemorizada por clanes que desean acabar con su familia.

—Si estáis conmigo no os pasará nada, fuego.

—O dejas de llamarme fuego o me temo que vas a experimentar en tus carnes que una mujer te dé una paliza.

Todos empezaron a reír, y las carcajadas de Thomas resonaron por encima de las risas de los demás.

—Estoy harta, sal fuera —le dije levantándome de la silla.

Me remangué las mangas y me dirigí hacia la calle. Cada paso que daba sentía más rabia que en el anterior. El tiempo había cambiado, se levantó un viento frío que cortaba la piel de mi rostro, pero la ira me hacía mantenerme caliente. El mar se embravecía por segundos, el navío en el que habíamos llegado ya no se deslizaba suave con las olas, ahora lo hacía con fuertes golpes.

Miré por encima de mi hombro y vi venir a la bestia de Escocia con paso dubitativo, los demás se agolpaban a las puertas de la casa.

Una voz le dijo a Thomas que no me hiciera daño, imaginé que sería la de Niall, porque Peyton no dudó en arremeterle un codazo después de que hablase.

Thomas se situó a mis espaldas y yo me di la vuelta. Se echó a reír de la misma forma que lo acababa de hacer dentro de la casa, y sin previo aviso le di una patada en su tobillo haciendo que

se quedase apoyado en una sola pierna y agarrando la otra con sus manos.

Aproveché para darle un empujón y tumbarlo sobre la hierba.

—Ya no te ríes, eh —le dije.

—¡Tú! —gruñó desde su posición.

—Vamos, bestia, levántate para que pueda volver a tumbarte.

Lo hizo, y nada más ponerse en pie se encogió para correr hasta donde yo estaba y placarme con su cuerpo. Pero yo fui más rápida, y me aparté a un lado haciéndole chocar contra un árbol.

Ahogó un grito de dolor al darse con la dura corteza del tronco en la cabeza.

Se le veía tenso, pero no parecía que tuviese intención de abandonar la lucha, así es que dejé que se acercara a mí, para cuando estuviese lo suficientemente cerca propinarle un puñetazo en ese rostro tan perfecto que lucía.

—Ahora vas a saber lo que te espera, fuego. —Y con paso lento se acercaba a mí.

—Retira eso. No vuelvas a llamarme así —le dije encolerizada.

—Fuego, fuego, fuego —repetía con una sonrisa dibujada en su cara.

Era alto, fornido, con un hoyuelo en el mentón, me parecía irresistiblemente atractivo, y por culpa de ese atractivo que parecía hechizarme, me quedé embelesada mientras él continuaba acercándose a mí.

—Un momento. —dije, y él frunció el ceño.

Entonces le di el golpe.

—¡Ouch! —se escuchó en la casa.

Al mirar allí vi como todos se metían dentro. Se había acabado el espectáculo, pensé.

Thomas me miró con atención mientras se sujetaba el pómulo golpeado.

—Te falta mucho entrenamiento, si no fueras una mujer te habría matado nada más tirarme al suelo. Reconozco que eso me cogió por sorpresa, pero eres lenta.

—Imbécil, te he derribado. No me vengas con esas.

Entonces Thomas cogió aire y lo soltó con impaciencia. Empezó a moverse hacia mí, pero yo retrocedía, caminábamos en círculos para asegurarme que no chocaría con nada a mis espaldas, y tras varios segundos, él perdió la paciencia y me atacó.

Lo esquivé. No debía de ser tan lenta como el aseguraba. Le sonreí.

Fue cuando él enfureció y yo aproveché para arremeterle una patada a la altura de la cintura.

Lo estaba enfadando, pero no me importaba.

—Cuando te coja... —dijo con una sonrisa socarrona.

Me atacó pero volvió a fallar.

—Parece que no soy tan lenta como pensabas. Quizá tú eres demasiado impulsivo.

—¡Agggggh! —gritó y corrió a por mí.

Era lenta, no en cuanto a movimientos para esquivar sus golpes, pero sí a la carrera, o quizá el motivo de que me diera alcance eran sus largas y fuertes piernas. Porque en seis zancadas me agarró. Me tumbó sobre la hierba y se colocó encima de mi cuerpo para evitar que escapase.

Capítulo 7

Thomas McKenzie



—Si fueras mi esposa te estaría dando una buena tunda de palos por avergonzarme frente a mis hermanos.

No era cierto, jamás golpearía a una mujer. Ni si quiera para hacerle entender quién era el que mandaba.

—Si fueses mi esposo en lugar del puño en tu rostro, hubiese plasmado mis labios —me dijo valiente.

Aquello hizo que mi entrepierna reaccionara.

—Te encuentro agitado.

—Eres más peligrosa aún que el mismísimo fuego. Regresemos con el resto, se acerca una tormenta.

Me levanté y le ofrecí mi mano para que lo hiciera ella, pero era de esperar que no la aceptaría.

Mientras caminaba hasta el hogar de Harden se mostraba más y más enfadada. No entendía el motivo, me había ganado, había humillado a un *highlander*.

Nadie hizo mención alguna a la paliza que fuego me acababa de dar, y yo lo agradecí, porque aunque había resultado agradable tenerla por unos minutos bajo mi cuerpo, no podía olvidar que me había vencido.

Descansamos al resguardo de la hospitalidad de Harden y Violet, y a la mañana siguiente nos dispusimos a partir de regreso a Inverness.

Todos subimos a aquel barco, nadie se quedó en tierra, porque aunque solo regresaría fuego a su época, sus hermanos nos acompañarían en el camino de vuelta. Sobre todo porque el tullido amenazaba con aparecer.

El barco cortaba las olas mientras navegábamos. Fuego miraba la costa mientras nos acercábamos, su mirada era impenetrable, no había manera de saber qué pensaba.

Mi tortura terminaba con su viaje, y aunque me resultaba agradable saber que se marchaba y que en su tiempo estaría bien, algo dentro de mí deseaba que se quedase un poco más.

El viento era frío, y golpeaba mi rostro con fuerza. Mis cabellos se movían a su merced, al igual que lo empezaba hacer el barco, estaba costando de ser manejado. Noté las gotas de lluvia, la tormenta se había retrasado, pero finalmente estaba aquí.

Comenzamos a recoger la vela mientras nos acercábamos al muelle.

—¡Diantres! —Susurró Niall.

Me llamó la atención que maldijera entre dientes, y miré a la orilla donde pudimos ver al sucio *laird* de los McDougal vivo.

—No tenemos escapatoria —dijo Kennett mirando a nuestras espaldas—, un barco se acerca.

—Está bien, lucharemos —dije clavando la mirada en Niall.

Asintió, Harden me lanzó una espada a mí y otra a Craig. Kennett debería de proteger a las mujeres, mientras que nosotros libraríamos la batalla.

Cerré los ojos por un momento, tomé aire para clamar mi corazón desbocado, y prepararme para esa guerra que estaba a punto de comenzar.



No querían matarnos, solo hacernos daño, y así era como lo conseguían. Al clavarse el barco en la arena, ya habían logrado subir abordo más de diez guerreros, y todos tenían un fin, capturar a una de las mujeres y amenazar con degollarla si poníamos resistencia.

Soltamos nuestras espadas, estábamos a su merced. De esa manera se llevaron a las tres. Y una vez estuvieron sobre tierra, el *laird* se colocó junto a ellas para mandarnos su mensaje.

—Disfrutaré de todas vuestras mujeres, pero reconozco que esta —dijo agarrando el pelo de Amanda y olfateándolo—, es mi favorita.

—Te mataré. Juro por mi clan que no descansaré hasta darte la muerte que te mereces.

Antes de poder decir nada más, vimos como se alejaban montados sobre sus caballos.

Capítulo 8

Amanda Smith

—Suéltame, viejo asqueroso. —Intentaba zafarme de sus brazos al llegar a su castillo maloliente.

—Debes aprender modales, la esposa de un *laird* no puede tener la boca tan sucia.

—Igual de sucia que tú. —Le escupí.

Y al instante se pasó su mano por la cara para después chupar la saliva que resbalaba por sus dedos.

Me dieron arcadas al verlo, y después impactó su enorme mano sobre mi mejilla haciéndome temblar en el sitio.

—Tómame a mí —dijo de pronto Violet.

—¿Por qué debería de hacer tal cosa? Eres más mayor que ellas.

—Más experimentada, mi señor. Sumisa, no le daré problemas.

Se lo estaba pensando. ¿Por qué hacía eso? No podía permitirlo.

—¡Cállate! —le grité.

—¡Callaos todas, mujeres! Yo elegiré a mi esposa. Ahora id a vuestras alcobas, más tarde os veré en el banquete.

El *laird* del clan celebró esa noche un banquete, todos sus hombres estaban junto a él, todos menos los que habían sido asesinados días atrás.

Creo que hablo en boca de las tres cuando digo que nos sorprendimos en exceso al ver que uno de los invitados le ofrecía como regalo a su hija.

—Mi señor, estuve todo el año esperando que un carnero naciera en esta época y poder entregárselo a sus cocineras para este gran banquete, pero al no suceder, aquí le traigo a la mayor de mis hijas. Aunque la vea joven ya se convirtió en mujer, y podría darle buenos herederos.

Una mujer tras él no dejaba de llorar, quien pensé sería la madre de la niña. Y digo niña porque no tendría más de quince años de edad.

—Sinvergüenza, ¿cómo le puedes hacer eso a tu propia hija? —No pude controlarme, y terminé gritándole.

—Hacedla callar —dijo el *laird*, y dos hombres acudieron a mí y me golpearon en el estómago haciendo que me curvase hasta quedar arrodillada.

—Para de una vez o acabarán contigo. —Peyton lloriqueaba.

De pronto cuando conseguí abrir los ojos, aún rota de dolor por los golpes, vi frente a mí a una anciana, parecía muy mayor, aparentaba cientos de años, y me hablaba. Sé que me hablaba porque insistía en hacer aspavientos con las manos mientras me miraba.

—¿La estáis viendo? —pregunté a Peyton y Violet que estaban en pie a mi lado.

—Pobre niña, no quiero pensar lo que le espera junto al cerdo ese —dijo Peyton.

—No, la niña no, la anciana.

—No hay ninguna anciana en el salón.

Apreté fuerte los ojos, las manos atadas a mi espalda impedían que me pudiese frotar los párpados, pero no importaba, porque cuando volví a abrirlos la anciana estaba allí, y esta vez frente a mí.

—Las Highlands te ayudarán, pero tienes que hacer un sacrificio por ellas.

¿Qué demonios estaba diciendo?

No entendía nada, ¿era una bruja? ¿visiones tal vez?

La anciana permanecía frente a mí, ahora miraba a la joven niña agarrada por su padre, ese hombre que debería de protegerla, y no arrojarla a los brazos de un ser despiadado.

Entonces entendí que mi sacrificio era ese, yo a cambio de la joven. Y sin pensar en si funcionaría o no, porque aunque la anciana no lograra ayudarme, yo sí que lo habría hecho con la niña.

—Mi señor, no pierda el tiempo con niñas que se pasarán la noche llorando. —Los guerreros levantaron sus manos para abofetearme nada más comenzar a hablar, pero el *laird* los detuvo—. Tómeme a mí, soy una mujer, no una niña.

—Que así sea —sentenció.

Busqué a la anciana, pero no tuve suerte, y comencé a temblar de miedo al pensar en lo que ocurriría después del banquete.

—Sentadla junto a mí en la mesa —les dijo a sus hombres.

Demasiados nervios como para probar bocado, así es que me limité a observar a todo el que allí se encontraba.

Horas después un hombre me apresó y me llevó en volandas hasta una sucia habitación del castillo. ¿Alcoba? Imaginaba esa palabra que era usada para referirse a bonitas estancias para nobles o guerreros, pero esto se asemejaba más a la porquera de un ganadero.

—No vengas ahora con arrepentimientos, tú fuiste la que te entregaste a cambio de la muchacha de aquel hombre.

—Conozco de sobra cual es mi final, empecemos cuanto antes, el sufrimiento se alarga sino.

—Un McDougal no rompemos nunca un juramento, y tú no eres lo que yo busco. Esos McKenzie llegaron a mí como regalo caído del señor, más tarde pensaba ir a por ellos, pero la suerte se muestra de mi parte.

—¿De qué hablas?

—Ellos ayudaron a dar muerte a mi hermano, Duncan McDougal hoy sería el *laird* de este clan de no ser por esa zorra y el hijo del rey.

—Más despacio que me pierdo. ¿Entonces yo qué hago aquí?

—He visto en los ojos de ese maldito McKenzie que moriría por protegerte, mujer, así es que esperaré que venga por ti.

Me quedé pensativa. ¿De verdad había visto eso en la mirada? ¿O era una treta más para despistarme?

Al poco tiempo el *laird* salió de mi alcoba y pude escuchar como el hierro de los cerrojos sonaban de manera exagerada detrás de la puerta.

Nadie acudió en mi ayuda esa noche, y tuve que lidiar con los pensamientos repetitivos de que quizá moriría allí, sola, alejada de mi hermana. Dos días eternos pasaron, en los que me sobresaltaba con el menor de los ruidos, y noches largas en las que a penas podía dormir por el miedo de que entrara a violarme.

Una mañana en la que creí que iba a morir de hambre, la puerta se abrió.

—¡Arriba! deja de holgazanear, al menos debes de servir para algo hasta que regresen en tu busca —dijo uno de los hombres del *laird*.

A empujones bajé hasta las cocinas, donde bandejas repletas de comida adornaban los bancos.

—Coje una y sírvele a tu *laird*, no repliques.

Así lo hice, y mientras caminaba cargada con una de las bandejas, me permití el placer de tomar alguna pieza de fruta por el camino.

Mi mirada se paseó por todos los hombres del salón, y terminé con la imagen del sucio *laird* a la mesa.

—Por fin haces algo de provecho.

—Yo me cuidaría de comer algo de lo que llevase mi bandeja, podría estar envenenada —hablé con calma.

Él se carcajeó al escucharme.

No llevaba cadenas en mis manos, ni en mis pies tampoco, pero ellos ya se habían asegurado de dejarme sin fuerzas para que no intentase escapar. Apenas podía mantenerme en pie, mis rodillas se doblaban, y sentía continuamente la necesidad de dejar caer mi cabeza hacia delante.

—Más os vale que la soltéis. —Una voz reconocible me hizo estremecerme.

—Os estaba esperando.

Levanté mi cabeza para mirar, y vi a los McKenzie acompañados de más hombres. Armados hasta los dientes, y dispuestos a pelear.

—Pues aquí nos tienes, y te aseguro que hoy te reunirás con tus antepasados —dijo Thomas.

Aquello no mitigó su enfado, cuanto más hablaban más bullía de rabia, y por eso en pocas palabras que se cruzaron de más, comenzó una batalla.

El ruido ensordecedor del acero al chocar rebotaba en mi cabeza como si fueran tambores. Los gritos de aquellos hombres haciendo esfuerzos eran terroríficos, y ver salpicar sangre a cada poco no arreglaba la situación.

Un hombre se acercó hasta mí, me cogió en brazos y me preguntó por las otras mujeres. No super decir, nos separaron desde el primer momento.

—McKenzie —gritó conmigo en brazos—, no creo que podamos salvarlas a todas.

—No abandonaremos el castillo hasta dar con ellas —respondió mientras se quitaba a un hombre de encima.

Antes de abandonar el salón paseé mi mirada por el lugar, y pude ver al sucio *laird* con una sonrisa en su rostro mirándome. Lo escalofriante de aquello no era solo su mirada, era el motivo por el que me miraba. Thomas le daba la espalda mientras se quitaba a un guerrero de encima, y aprovechando un descuido, el *laird* clavó su espada en el brazo de Tomas.

Estaba segura de que, de haber podido matarle lo habría hecho pero, las puertas del castillo se abrieron a la llegada de más McDougal que intentaban rescatar a su *laird* llevándoselo del castillo con toda la rapidez que pudieron.

Capítulo 9

Amanda Smith



—¡Que no escape! cogedlo —gritó Thomas antes de caer al suelo y comenzar a desangrarse.

Varios hombres continuaban luchando contra guerreros del clan enemigo que permanecían allí, y otros revolvían el castillo con el fin de encontrar a Peyton y Violet.

Sentí miedo, desde mi llegada a Escocia todo estaba resultando de lo más temerario.

Corrí esquivando espadas, y saltando enormes charcos de sangre para llegar hasta donde Thomas yacía en el suelo, sujetándose el hombro herido y del que no dejaba de salir sangre a borbotones.

—Escóndete, todavía pueden matarte —dijo Thomas con un suave hilo de voz.

—No. Recuerda que no obedezco órdenes, y si no te ayudo morirás en pocas horas.

Abrí su camisa rompiendo la manga. Me ayudó que la tela estaba vieja y pasada. Con el sobrante de tela le hice un vendaje que apreté sobre su hombro para detener la hemorragia. Gritó de dolor y Kennett vino para ayudarme. Entre los dos lo acercamos hasta dejarlo apoyado sobre la fría pared.

De nuevo la anciana apareció junto a nosotros, pero entendí al momento que nadie aparte de una servidora podía verla.

—Te has sacrificado por las Highlands, eso te hace merecedora de mi ayuda. Sanaré a tu hombre, he visto tu corazón, pero si no consigues su amor, jamás lograrás regresar a tu mundo.

No entendí nada de lo que me dijo. Primero porque Thomas no era mi hombre, segundo porque después de desaparecer, él continuaba herido, y tercero y más importante, ella no me conocía como para saber lo que yo ansiaba regresar a mi mundo, pero ¿qué sentido tenía lograr el amor de un hombre para después abandonarle?

—Acabamos de comenzar una guerra —dijo Craig acercándose hasta nosotros.

—Más que eso, creo. El *laird* me dijo que es venganza lo que busca, algo relacionado con su hermano Duncan, el hijo de un rey y una mujer... —Les contaba lo que me dijo.

—Sé de quienes habla, Arya y Jacobo. Ella mató a Duncan McDougal, ahora quiere venganza.

—Debemos de curar la herida —dije a Niall quien apareció con Violet y Peyton.

Mi hermana se abalanzó a mis brazos, inspeccionando cada resquicio de mi cuerpo para averiguar si estaba herida. Después me preguntó agarrando mi rostro si me había tocado. Negué, ella se tranquilizó y después rompió a llorar en mis brazos.

—Este mundo es muy peligroso, Harriet no puede llegar aquí. ¿Lo comprendes?

—No tienes que preocuparte más, después de que curar la herida, me marcharé a Inverness. Yo tampoco deseo quedarme más tiempo.

—¿Seguro, fuego?

Thomas apretó mi mano desde donde se encontraba.

—Necesitaré agua, algún antiséptico, y vendas —pedí.

Todos los que estaban cerca me miraban extrañados, todos menos mi hermana, la que corrigió y pidió agua, alcohol y algunos trapos.

—Nos quedaremos aquí, no se les ocurrirá regresar por el momento.

Niall les dijo a sus hermanos que llevaran a Thomas a un lugar más cómodo para poder curarle.

Tumbado sobre la cama de costado para poder tener la herida a mi alcance se encontraba aquel hombre que estaba volviéndome loca.

Yo habría jurado que tenía más fuerza de voluntad, pero al parecer no era así en lo que se refería a la pasión. No obstante, traté de ignorar esa debilidad, y también el hecho de a quien tenía bajo mis manos.

—Gracias, Amanda —dijo Thomas.

—¿Qué has dicho? —pregunté, tratando de enfocar la vista en su hombro y no en sus labios.

La poca luz que se colaba por la ventana no llegaba hasta allí, así es que me levanté para coger una de las velas que cerca se encontraban. Al regresar, Thomas sonreía.

—¿Ya no te duele? —quise saber.

—Duele, pero duelen también más cosas.

—¿Tienes más heridas y no me lo habías dicho? —Comencé a inspeccionar su cuerpo.

Entonces él me tomó la mano, y no sé si equivocadamente la depositó sobre su pecho.

Como si fuera la forja de un herrero y sintiera que me abrasaba la retiré de inmediato.

Sin camisa todos los músculos se hacían visibles ante mis ojos. Tenía que admitir que era la mejor obra que el señor había hecho. Formidable, bien desarrollado, ancha espalda, y salpicado de algunos vellos por el pecho.

Un temblor me recorrió la espalda cuando Thomas volvió a coger mi mano. En esta ocasión no la aparté, le miré a los ojos.

Mientras le contemplaba, el silencio nos acompañaba, duraba demasiado, y entonces los ojos de Thomas recorrieron mi cuerpo, deteniéndose en mis piernas y regresando de nuevo a mi rostro.

Estoy segura de que me sonrojé, pues yo no estaba acostumbrada a eso.

Thomas se incorporó con cierta dificultad sobre la cama, se acercó un poco más a mí, y antes de que pudiese reaccionar, dos manos gigantes apresaban mi rostro. Después bajaron hasta situarse en mis caderas, me atrajo hacia delante pegándome a su cuerpo, entonces me obligó a ponerme sobre mis rodillas, y perdí el equilibrio. Caí sobre él. Lo escuché como se rio y después se quejó por el dolor. Pero más allá de soltar mi cuerpo, rodó por encima de mí y me colocó sobre la cama, debajo de su enorme cuerpo.

Enseguida empecé a sentir oleadas de placer, solo por el peso de Thomas sobre el mío, y cuando su mejilla rozó mi rostro, no pude ahogar aquel gemido que hizo despertar a la bestia de las Highlands, y que al parecer aún dormía.

Sus labios también se movían sobre los míos, besaba mi boca de forma feroz, mordía mi labio inferior, y de nuevo regresaba a mi lengua.

Mi corazón jamás había latido con tanta fuerza, no podía hablar debido a mi jadeante respiración.

Podía haberle pedido que se detuviera, pero no era eso lo que deseaba, necesitaba que continuase con lo que hacía.

Thomas arrancó mi camisa haciendo saltar los botones, entonces usó sus dientes para bajar uno de los tirantes de mi sostén. El pecho se liberó, y él lo apresó con su boca, pellizcando entre sus dientes mi pezón suavemente.

Jadeé por aquella sensación, y volví hacerlo cuando repitió lo mismo en mi otro pecho.

Sentía que ardía, arqueaba mi espalda para poder quemarme más cerca de él. Pero de pronto la herida comenzó a sangrar de forma exagerada, y solo pude que colocar mis manos para detener la hemorragia.

—Ya está bien, dejemos de jugar a los médicos, debo de curar esa herida o dará más

problemas.

Thomas rugió como la bestia que era, yo tampoco quería que eso terminase, y me alegraba que al menos en algo estuviéramos de acuerdo.

Capítulo 10

Thomas McKenzie



Maldita herida, o quizá debería de darle las gracias al malnacido del *laird* por habérmela hecho. De esta forma he podido acercarme a ella sin excusas.

Lo que siento por esta mujer jamás lo he podido sentir por ninguna otra. De hecho aún todavía, las espirales de calor recorren mi cuerpo.

—Curame esta herida para poder terminar lo que se ha empezado.

—No terminaremos nada, debo de parar tu hemorragia, pero después me iré a Inverness, así conseguiré regresar a mi siglo.

—No lo hagas.

—Si no lo hago puedes morir desangrado.

—No te vayas.

Lo dije, sí, le pedí que se quedara conmigo, pero ella no respondió.

Cerré los ojos con fuerza. Dios mío, debo de estar volviéndome loco, para querer retener a esta mujer con semejante control que tiene de mi cuerpo cuando está junto a mí.

Volví a abrir los ojos y Amanda me miraba, sonreía.

—Listo, tu herida está limpia y con la presión del vendaje dejará de sangrar en poco tiempo. Debes de cambiar los vendajes a diario, limpiar bien, y también intenta no mover el brazo.

—Lo harás tú.

—Ya te he dicho que me marchó.

—Te acompañaré hasta que te vayas de mi mundo.

Sonrió de nuevo.

Era preciosa, también cuando no lo hacía, pero verla estirando sus labios y curvándolos hacia arriba le daba un brillo especial a su rostro.

Craig irrumpió en la alcoba para averiguar cuanto nos faltaba.

—Estamos listos —dijo Amanda.

—Bien, pues partamos a Inverness. Nos espera un duro camino.

Durante los dos días que el viaje duró hasta llegar a las tierras de Inverness no dejaba de inventar excusas para retener a Amanda a mi lado, aunque solo fuera un poco más de tiempo junto a ella, lo necesitaba. Sabía que postergar la separación no me beneficiaba, que me estaba comportando de manera egoísta para tenerla cerca un poco más. Y lo único que lograba era hacerme más daño, porque ella se acabaría yendo de mi lado.

No me veía capaz de decirle que empezaba asentir algo por ella, porque en cierto modo, para mí ya lo había hecho diciéndole que se quedase.

No quise pensar en el futuro, y solo hacía que aprovechar ese tiempo que la suerte me regalaba junto a ella, y atesoraba recuerdos que tendrían que durarme toda la vida. Toda una vida sin tenerla conmigo.

Pero al fin, había llegado el momento, la montaña estaba cerca, Craigh Na Dun alejaría el fuego que tanto me abrasaba, y que a la vez me había salvado de morir quemado.

—¿Me habéis traído al lugar equivocado? —dijo Amanda al sorprenderse, igual que el resto.

Allí ya no estaban las piedras, Agnes y Bessie acabaron con ellas, era cierto, pero por algún

motivo Amanda había llegado allí.

—Creímos que las piedras habían regresado a su lugar, sino, ¿cómo llegaste tú? —dijo Peyton.

—Con esto. Harriet me la colocó en la mano y me arrojó a las piedras —Enseñó una piedra minúscula que sacó del interior de su bolsillo.

—¿Pero dónde apareciste?

—En este lugar, sin piedras, solo un arco de madera sobre el suelo había, y enseguida escuché vuestras voces pidiendo ayuda.

Capítulo 11

Amanda Smith



Mi mundo se vino abajo al descubrir que no había rocas mágicas que me ayudaran a regresar junto a Harriet, cerré los ojos para ayudarme a respirar con tranquilidad, y al abrirlos de nuevo, la anciana apareció frente a mí otra vez.

Miré al resto para averiguar si ellos también la veían, pero parecían ajenos a mi visión.

—Casi lo has conseguido. No podrás regresar sin el amor verdadero —dijo aquello mirándome fijamente a los ojos.

De pronto, desapareció.

—¡Caballos! Se acercan caballos.

Kennett nos puso en aviso, y sin perder tiempo corrimos a escondernos. Todos salimos en la misma dirección, detrás de la maleza al borde de una ladera de la montaña rocosa, pero Thomas decidió hacerlo detrás de unos arbustos pobres en cuanto a vegetación.

Afortunadamente aquellos caballos con sus jinetes pasaron de lejos, o eso era lo que todos pensamos, pero algunos hombres cabalgaban más separados.

Una flecha rozó el pómulo de mi hermana, por suerte no le alcanzó para herirla, pero aquello nos daba el aviso de que nos habían visto.

Niall salió del escondite, e impulsado por el tronco de un árbol con su brazo, clavó una daga a uno de los guerreros al pasar junto a él.

—De prisa, de prisa, corred —gritó al ver que solo dos guerreros quedaban atrás.

Teníamos que ir subiendo a los caballos que Niall y Craig dejaba libres al matar a sus jinetes.

Nial soltó un fuerte rugido que me hizo estremecer de miedo, y volvió a atacar. Se le veía recuperado al completo, en cambio Thomas solo podía que permanecer escondido para que su herida continuase sanando.

Todos nos encontrábamos a salvo, con caballos para marchar a donde Dios quisiera que estuviesen esas piedras que me devolverían a mi tiempo.

Cuando de pronto, dos jinetes aparecieron de la nada, pasaron cada uno a un lado de Thomas, y levantándolo del suelo como si fuera un simple títere, se lo llevaron en volandas.

—McDougal, debía ser él de nuevo. Hasta que no acabemos con él no habrá descanso —dijo Craig.

Niall intercambió una mirada con su hermano, se entendieron. Y yo también lo hice.

Si se trataba del clan enemigo debían de intervenir de inmediato, no podían permitir que los McDougal asesinaran a Thomas. Y yo estaba de acuerdo.

—Quedaos aquí, nosotros iremos a por él —dijo Niall señalando a su hermano.

—Ni lo sueñes, iremos todos —respondí.

—No. Kennett y Harden os protegerán —replicó.

—Yo voy —dije.

Niall negó con la cabeza, y espoleó al caballo con fuerza.

Todos los demás le seguimos sus pasos.

Era una verdadera locura lo que estábamos haciendo, pero si teníamos alguna oportunidad de rescatar a Thomas, era luchando todos juntos.

El corazón latía desbocado, comprendí lo grave que era lo que hacíamos cuando vi aquel castillo frente a mis ojos.

Desmontamos de los caballos a una distancia considerable, no podíamos dejarnos ver.

—Accederemos por detrás, no nos esperan, así es que tenemos que ser rápidos —dijo Craig.

En efecto existía esa puerta trasera al castillo. Todo estaba muy oscuro, y no teníamos manera de alumbrarnos con nada que allí hubiese. Al dar unos pasos más con cautela, Niall frenó y todos nos detuvimos. Algunos hombres hacían rondas de vigilancia cerca.

La luz se comenzaba a filtrar a lo lejos, debíamos de estar cada vez más cerca del salón principal. Escuchamos unos pasos apresurados sobre nuestras cabezas, después unas voces. Parecían discutir. La voz de un hombre y también de una mujer. El cansancio me pasaba factura, porque habría jurado que era la voz de mi hermana Harriet de no ser porque aquello era imposible.

Peyton me miró al notar que detenía mis pasos. Se quedó quieta haciendo que los demás pasaran cerca de ella para así ponerse a mi lado.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, solo que no debí dejarla sola. Creo que la echo tanto de menos, y estoy tan preocupada por ella que la escucho por todas partes.

—¿Tú también has escuchado su voz? —me preguntó Peyton.

No podía ser cierto, no podía ser una casualidad que ambas hubiésemos escuchado la voz de Harriet en aquel lugar.

Capítulo 12

Thomas McKenzie



Lo intenté todo, patear, moverme con fuerza para que me soltasen, cabecear, gritar. Sobre todo gritar de dolor, porque aquellos hombres me llevaban cogido por los brazos y el dolor era insoportable en mi hombro herido.

Cuando la marcha de los caballos aminoró, me dejaron caer al suelo. Fue doloroso, pero sentí alivio de recuperar la posición de mi brazo herido.

Me propinaron unas cuantas patadas en la boca del estómago, y después escupieron sobre mí.

Escuché como algunos pasos se alejaban, y otros se acercaban. Los que se acercaban, lo hacían con calma.

Abrí los ojos con temor de recibir más palos, pero al ver aquellas botas relucientes supuse que se trataba de McDougal. Me equivocaba.

—No debisteis dejarme vivir. —Caminó un poco más y se acuclilló frente a mí.

—Debiste de quedarte allí para asegurarte de que ardíamos —le respondí mirándole a los ojos.

El tullido Gregory se mostraba frente a mí, altivo, con mirada rencorosa.

—Esta vez acabaré con todos los de tu estirpe.

—Mátame ahora, o juro que si me queda un aliento de vida, lo usaré para acabar con la tuya. —Escupí sobre sus botas.

McDougal apareció también en el gran salón, estaban juntos, ambos clanes se habían unido para acabar con nosotros.

—Traedla —dijo Gregory a uno de sus hombres.

Temí que fuese Amanda, que la hubiesen capturado tras hacerlo conmigo, pero pude soltar todo el aire que retenía dentro de mis pulmones al ver que no era ella. Esta era una niña todavía, no debía de tener más de dieciséis o diecisiete años, una desgraciada que había acabado en las manos de estos dos miserables.

—Mira lo que me he encontrado por el camino, es tu regalo por ayudarme a capturar a los McKenzie —dijo Gregory sosteniendo del brazo a la niña, y mostrándosela a McDougal.

—Dejadme en paz, si me tocáis un pelo mi hermano os dará una paliza a todos. —Forcejeaba con su cuerpo mientras les decía aquello.

Había algo en ella que me era familiar, pero no recordaba haberla visto antes.

—Calla mocosa, harás lo que se te diga.

De un empujón la arrojó a los brazos de McDougal. Este le lamió el rostro.

—Tu piel sabe mejor que ninguna. —Se carcajeó asquerosamente frente a ella.

Gruñí al ver semejante atrocidad, pero no podía hacer nada, estaba atado de manos, y lo único que conseguiría si dijese algo, sería una paliza de nuevo.

McDougal dirigió la mirada de nuevo a mí, y escupió a mi lado.

—Serás el cebo para que todos acudan, y después disfrutaré viendo como acaban con todos vosotros. A las mujeres las encadenaré para mirarlas como si fueran trofeos.

Apreté mis labios y mis puños con fuerza para mantenerme en silencio.

Dos hombres me llevaron a una celda y allí pasé el resto del día, hasta que unos fuertes golpes sobre la puerta de metal me espabilaron de inmediato.

Cuanto más tiempo pasaba dentro de esa celda más inquietas se volvían mis piernas, sentía

incluso hormigueos en los dedos de mis pies.

Me puse en pie, y comencé a caminar de un lado a otro.

De pronto la celda se abrió y el tullido traspasó el umbral. Aunque no estaba solo.

—Te traigo un regalito de tu anfitrión, dice que es demasiado inexperta para él. Desahógate antes de morir. Dentro de unas horas si tu clan no viene a salvarte habrás muerto antes de volver a verlos.

La empujó por la espalda con la suela de su bota haciendo que esta cayera de bruces al suelo frente a mí.

Sus manos estaban liberadas, y pronto corrió a una esquina a esconderse.

—No temas, no te haré daño —le dije.

—¿Por qué estás aquí? Has debido de hacer algo malo para que te encierren —dijo desde las sombras.

—También tú debiste hacer algo malo pues —respondí.

—Sí, hice la mayor estupidez del mundo. Desear con fuerza reunirme con mis hermanos mientras apretaba esta piedra mágica.

Salió de la oscuridad y me enseñaba la piedra que sostenía entre sus dedos. Era pequeña, brillante, y bien parecida a la de Amanda.

—¿Si te digo un nombre me contarás de dónde vienes? —le pregunté.

—Nunca lo entenderías —dijo confiada.

—Te daré más de un nombre entonces. —Y comencé a hablar—. Harden —Al escucharme abrió mucho los ojos—, Peyton —ahora abrió la boca también—, Amanda. —Movié sus manos para tapar su boca.

—¿Les conoces?

—Y ahora un último nombre antes de que seas tú quien hable —dije haciendo una pausa—, Harriet.

—Ya no creo que sea necesario que te diga de donde vengo. ¿Están bien, están juntos?

—Desata mis manos, tenemos que intentar escapar de aquí antes de que venga de nuevo.

La vi dudosa. Parecía que no me creía.

—¿Cómo sé que no eres un hombre malo? Pudiste haber conocido a mis hermanos pero no estar de su lado...

—Tu hermano se llama Harden y fue el primero de ellos que llegó aquí, después lo hizo Peyton, la que le robó el corazón a mi hermano Niall, y cuando estábamos cerca de la muerte, apareció ella con el fuego. Amanda nos salvó de las llamas.

Parece que la había convencido un poco más, pero aún se mostraba reticente.

Se colocó tras de mí y comenzó a desatar mis muñecas.

Me froté la piel arañada por las fuertes cuerdas cuando estuve liberado, y después acerqué mi oreja a la puerta de hierro que nos mantenía atrapados en la celda.

—No escucho nada. Tenemos que huir o acabarán con nosotros.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? Tú mismo has podido comprobar que estamos encerrados.

—Podemos esperar a que ellos regresen, o hacer que vengan antes.

—Antes de morir, dime si mis hermanos están todos bien.

—No vas a morir, le prometí a tu hermana que mientras estuviese cerca de ella no le pasaría nada, y como ella no está, tengo la obligación de protegerte a ti.

—Hagámosles venir, no estarán preparados, ¿no crees que será mejor? —me sorprendió Harriet.

—Está bien, me tumbaré en el suelo mientras pides ayuda, les harás creer que me has

matado. Cuando estén cerca me avisarás.

—¿Cómo una niña como yo va a matar a un highlander fuerte y grande como tú? Nadie lo creería. Míranos, eres gigante, fuerte, y yo soy pequeña y débil. —Era lista.

—Tomá, coge esto. —Le di una piedra grande para que la sostuviese en sus manos—. Me golpeaste con esto mientras yo intentaba hacerte mía.

Ella me miró pensativa, y yo recé para que tuviese suficientes fuerzas y que pudiese sostenerla.

—Pero si vienen muchos no podrás con ellos.

—O lo intentamos o correremos peor suerte.

—¡Ayudaaaa! Que alguien venga, socorro, está muerto. Creo que lo he matado. Socorro. ¡Ayudaaaa! —Harriet gritaba.

Pasos se acercaban, no sabía distinguir en si eran dos, cuatro botas o más.

La puerta se abrió con cautela.

—¿Qué pasa niña? —preguntó una voz pero no era el tullido Gregory.

—Quería violarme, le he matado —dijo ella.

—Que has hecho, ¿qué? —gritó un guerrero.

—No tenía otra opción.

—Estás muerta mujerzuela, cuando se entere de que le has quitado la oportunidad de matarle serás tú quien ocupe...

No pudo terminar de hablar.

Harriet me dio una patada como aviso para que actuase, y me levanté de un salto y lo agarré por el cuello. Solo había un hombre, pero pasos se escuchaban acercarse de nuevo.

Lo dejé con cuidado sobre el suelo después de haberle partido el cuello, y nos escondimos a un lado de la puerta para saltar sobre el siguiente que entrase.

Fue así como logramos escapar.

Pero no iba a resultar tan fácil como parecía.

Corríamos por los corredores de aquel castillo donde nos encontrábamos, cuando unas voces en forma de susurros se acercaban a nosotros.

Nos escondimos detrás de una pared esperando a que llegaran. Harriet se colocó detrás de mí, y armado con una espada que había conseguido de uno de los guerreros a los que había derribado, esperaba para atacar.

Levanté mi espada al escucharles cerca, y cuando aparecieron frente a mí, agradecí tener buenos reflejos para detenerme y no clavar aquella arma en el vientre de mi hermano.

Era Niall quien encabezaba aquel grupo de personas, entre ellos, estaba fuego.

Observé a Harriet, quien salió de detrás de mí para adelantarse al escucharme hablar con cercanía.

—¿Sois vosotros? —preguntó con temor.

—Dios mío, ¿qué estás haciendo aquí? —dijo Harden.

Todos se acercaron para abrazarla. Imaginé lo que sintieron al verla de nuevo. Podría ser similar a lo que yo sentí después de recuperar a Craig y a Kennett de los piratas aquel día.

—¿Estás bien, estás herida? —preguntaba Amanda dándole vueltas y mirando cada rincón de su cuerpo.

—Estoy bien, pero es gracias a él —dijo señalándome.

Harden se acercó hasta mí y me dio un abrazo, Peyton sonrió desde donde estaba junto a su hermana de la que imaginé no querría separarse. Amanda no me dijo nada.

Después del inesperado reencuentro, deshicimos los pasos que ellos habían dado para salir

por la puerta trasera del castillo sin ser vistos.

En esta ocasión los hombres caminábamos al frente para proteger al grupo, las mujeres iban por detrás esperando para avanzar detrás de nosotros después de asegurarnos que era seguro.

No lo hicimos bien, cometimos un grave error, debimos haber colocado a uno de los hombres al final para protegerlas, y no se nos ocurrió.

Al salir al exterior me di cuenta a donde era que nos habían traído. Era el castillo de Dunollie, este era el hogar de los McDougal. Rápidamente nos tiramos al suelo, reptábamos hasta llegar a estar lejos de la visión de aquellos arqueros que protegían el castillo.

Al quedar escondidos tras la arboleda densa del bosque que crecía al alejarnos de aquellos muros, ojeé al grupo buscando la melena roja de Amanda, necesitaba comprobar que fuego estaba bien.

Capítulo 13

Amanda Smith



Me obligué a respirar hondo para intentar calmar el angustioso latido de mi corazón. Unos fuertes brazos me acababan de agarrar por detrás arrastrando mi cuerpo, alejándome de mi familia. No podía liberarme de ellos. Con un brazo me capturó pasándolo por mi cintura, y con una de sus manos me silenció al taparme la boca y apretar con fuerza para que ningún sonido pudiera salir de ella.

Miré a mis hermanas intentando dejar aquella imagen clavada en mi memoria. Estaba convencida de que aquella imagen sería la última que vería de ellas. Estaba muerta, sentía que iba a morir. Fue la primera vez que verdaderamente sentí miedo.

Después de intentar caminar de espaldas dando zancadas con mis pies para que aquel guerrero que me arrastraba no me hiciera tanto daño, todo se detuvo al llegar a una habitación que olía a polvo acumulado por todas partes.

—No saben de lo que soy capaz, habéis pensado que no iba en serio, y tú te vas a dar cuenta la primera.

Era el hombre tullido. Y ciertamente este daba más miedo que el *laird* de los McDougal. Quizá era porque en su rostro se podía ver la poca cordura que le acompañaba.

—Te van a matar hagas lo que hagas.

—Posiblemente tengas razón, pero mientras yo te tenga tengo el poder.

Se acercó hasta mí y me rozó la cara con su muñón.

—¿Te da asco? —preguntó.

—Me das asco tú, no la falta de un miembro en tu cuerpo. Podrías tener dos manos y darme el mismo asco. No se trata de tu apariencia física, es más la maldad que albergas en tu interior.

—Cállate —gritó y me abofeteó a la vez.

El golpe debió dejarme aturdida y la anciana volvió a presentarse frente a mí.

—Solo aguanta un poco más, podrás regresar a través de ellas.

Y haciendo movimientos circulares rápidos con su brazo mostró una imagen de una gran roca plana en el interior de un río, como si unas ruinas hubiesen acabado allí.

No reconocía el lugar, solo veía un río, árboles con flores rosas, y aquellas rocas alrededor de una muy grande en el fondo del riachuelo.

—Solo aguanta un poco.

El tullido ignoraba lo que yo veía, y abandonó la habitación escupiendo a un lado de donde yo me encontraba.

Aquella noche, intenté descansar por si pronto regresaban a por mí. Aunque era todo poco probable que ocurriese de la forma en la que lo había imaginado. Ya habíamos tenido demasiada suerte. En cada ocasión que nos habían capturado a alguno habíamos salido ilesos, y esta vez todo apuntaba que iba a ser muy diferente.

Sin poder evitarlo, mis ojos se cerraron debido al cansancio acumulado de los días anteriores, y se abrieron de súbito al escuchar el sonido de unos pasos detrás de la puerta.

Corrí para acercarme a la puerta, y el sonido provenía de lejos, no estaban tan cerca como había imaginado.

Me sentí nerviosa al imaginar que regresaba aquel hombre del muñón para hacerme daño. Y al poco tiempo la puerta se abrió apareciendo ante mí la peor de mis pesadillas hecha realidad.

El tullido estaba allí, con una sonrisa en su rostro, de esas que daba miedo solo mirarla, y cuando comenzó a carcajearse me hizo estremecer de terror.

—Vengo a entretenerte —dijo y cerró la puerta.

Me enderecé al verlo, y mucho más al escucharle. Me alejé todo lo que pude de la puerta. Daba pasos caminando de espaldas, hasta quedarme pegada a una pared. Al chocar, mi mano izquierda, golpeó algo en la oscuridad, parecía un yelmo. Cayó al suelo haciendo un estrepitoso ruido, y a su lado, una espada, no muy grande, era corto su filo.

Corrí hasta donde estaba, y me incliné para cogerla. El hombre tullido dio un paso hacia atrás, y me miró atento.

Levanté el arma para hacerle ver que no dudaría en utilizarla si era necesario, y al verlo, rápidamente sacó su enorme espada y la alzó también.

Me asusté al momento, y después más todavía.

Un cuerpo más grande asomaba por su espalda, era el *laird* de los McDougal, y antes de que el tullido pudiese reaccionar, la espada atravesó su cuerpo a traición.

—Baja esa espada, o acabarás como él.

No lo dudé, había visto su hacer, y no se lo pensaría tampoco conmigo.

—Pon las manos detrás de tu cabeza y date la vuelta —me ordenó.

Al darme la vuelta, me agarró con una sola mano de mis muñecas y me arrastró hasta el salón.

Me quedé quieta, no quería que me hiciese daño, y si hubiese querido matarme, ya lo habría hecho, pensé.

Al llegar al lugar, decenas de guerreros permanecían en pie observándonos.

—El sucio de Gregory, quería robarme mi trofeo, y a mí nadie me roba —dijo gritando mientras me sostenía por las muñecas todavía.

—Llamad al sacerdote, se convertirá en mi esposa hoy mismo.

Él hablaba y una oscuridad me envolvió la vista, podía sentir la presión de sus dedos sobre mi piel, pero no podía ver donde me encontraba. Y de nuevo la anciana, en mitad de mi oscuridad.

—No tengas miedo, vendrá a por ti, después estarás a salvo, y será entonces cuando podáis regresar todos.

La luz volvió, ella había desaparecido, y yo no sabía si hacerme preguntas para intentar resolver mis visiones, o llorar por lo que me esperaba junto a ese *laird*.

Capítulo 14

Thomas McKenzie



—¡Amanda, Amanda! —repetía su nombre, con la certeza de que no iba a responder, porque no estaba allí.

—¿Cómo? Amanda, Amanda —repetía Peyton.

—Se la han llevado sin que nos diéramos cuenta. Tenemos que regresar —dijo poniéndome al frente.

—Es muy peligroso, no podemos arriesgarnos, mientras recuperamos a una, podríamos perder a otra. —dijo Niall mirando a las mujeres.

Tenía razón, era muy arriesgado, así es que decidí ir solo.

—Esperadme aquí, si no regreso al anochecer, marchaos.

Mis hermanos me miraron, sabían que hablaba en serio, así es que aceptaron y me desearon suerte.

—No dejaré que vayas solo, es mi hermana —dijo Harden.

—Debes saber que quizá no regresemos, y tú tienes a alguien que te espera.

—Pero, es mi hermana —repitió.

—Y la mujer de mi vida.

Un silencio se cernió sobre el lugar, dejando visible hasta el sonido de las hojas cuando se frotaban con el viento.

—¡No! —dijo Peyton.

—No te gusto para ella...

—No es eso, es que deben regresar a salvo a Los Ángeles, ellas —dijo mirando a Harriet—, tiene que volver. Este mundo es muy peligroso para mi hermana, ¿acaso no te das cuenta de lo joven que es?

—Yo la protegeré también.

—¡No! Debe regresar.

—Pues sé tú quien lo haga con ella.

Me miró cargada de ira, sabía reconocer ya cuando Peyton se enfadaba, pero no iba a consentir que eligiese por su hermana, ella tendría que opinar al respecto.

Con las fosas nasales dilatadas y los puños cerrados con fuerza, mantuve la vista fijada en el acceso al castillo durante mucho tiempo.

—Está bien, entrarás solo, pero debes esperar a que se haga de noche, y nosotros esperaremos a que salgas con Amanda. De noche tendrás más oportunidades de atacar sin ser visto.

Esperé, decidí obedecer a Harden, no porque fuese su hermano, sino porque, yo estaba cargado de rabia, y él pensaba con claridad.



Me despedí de ellos.

El muro norte del castillo se levantaba imponente frente a mí. El cielo azul oscuro se reflejaba en el pequeño lago que se cerraba junto a la fachada de este. Tres o cuatro centinelas hacían guardia en lo alto de las torres. Tenía que ser muy veloz para no ser visto mientras cruzaba hasta la puerta.

Lo conseguí, había entrado al castillo. Mis pies se movían rápidos y temerarios por aquellos corredores, entonces frené. Debía de ser cauto, si me capturaban no habría segundas oportunidades.

Cuando por fin pude asomar mi cabeza detrás del muro que me separaba del gran salón, pude ver el rostro de Amanda detrás del reflejo de una copa. Aquello era una celebración. Sus ojos estaban iluminados, brillaban reteniendo lágrimas en ellos. De repente me dio un vuelco el corazón, se me doblaron las rodillas al pensar en el tipo de celebración que sería. ¿Se habían casado?

Una oleada de rabia recorrió por completo todo mi cuerpo, y sin darme cuenta y dejado llevar por los sentimientos, golpeé la pared con fuerza. Demasiada, pensé después. Me habían descubierto.

Muchos de los hombres que allí estaban giraron sus cuerpos hacia donde me encontraba, y yo busqué los ojos de Amanda, con los que me encontré al instante de clavar los míos en ella.

De manera rápida pensé en lo que me esperaba, y con un simple vistazo conté los hombres a los que tendría que matar antes de poder sacarla de allí. Unos treinta, dije en mi cabeza, y caminando hasta quedarme en el centro del salón comencé a clavar la espada en todos los cuerpos que se acercaban a mí.

Cuando iba por la mitad de los hombres comenzaron a flaquear mis fuerzas, apenas me quedaban para sostener la espada por encima de mi pecho. Y sentí la necesidad de buscar a Amanda para poder verla por última vez antes de que me matasen. No iba a aguantar mucho más tiempo.

Vi como el *laird* de los McDougal arrastraba a un sacerdote y a Amanda hacia el interior del castillo, pero no podía perseguirlos, todavía quedaban guerreros en pie.

Me aferré a la espada y con las dos manos saqué las fuerzas de todo ese amor que sentía por ella, y me convencí de que si no sobrevivía, ella tampoco lograría hacerlo. Su vida dependía de mí.

—Veo que necesitas ayuda, hermano. —La voz de Niall me sorprendió.

Me acaban de salvar la vida, a mí, y a Amanda.

En poco tiempo, acabamos con ellos, antes de que me pudiese dar cuenta decenas de hombres sin vida tapaban los suelos. Allí estaban Craig, Niall, y Harden. Imaginé que Kennett era el que protegía a las mujeres en esta ocasión.

Eché a correr por donde había visto que se llevaba a fuego aquel desalmado.

Me costaba respirar con normalidad, me dolía el pecho de los golpes recibidos y los brazos. Mi hombro empezaba a sangrar de nuevo.

Entonces los vi, estaban en pie, el sacerdote frente a ellos. Aquello parecía una ceremonia.

Me acerqué en silencio, el sacerdote me había visto pero no movió un músculo de su cuerpo para que nadie supiera de mi llegada.

Con cuidado de no hacer ruido, saqué mi espada y apoyé la punta de ella en la espalda de McDougal. Dio un respingo y giró su cabeza para ver de quien se trataba. Con un movimiento rápido, Amanda se separó de nosotros.

—Deja ese juego absurdo, soy más poderoso que un simple McKenzie, aléjate de aquí antes de que acaben con tu vida.

—¿Quiénes, tus hombres, esos que adornan el castillo con su sangre derramada por todos lados? —Escupí.

—No importa cuantos mates, siempre vendrán más, me aliaré con otros clanes, recuerda que poseo riquezas para ofrecerles.

—No será suficiente lo que ofrezcas cuando se enteren de que acabas matando a los jefes de los clanes con los que haces tratos —dijo Amanda.

—Acaba con él —dijo Niall apareciendo en la habitación.

Miré a Amanda, la que cubría sus ojos con las manos. Estaba sana, no la habían herido, así es que decidí no acabar con su vida.

—¡Vete! Te perdono la vida, ¿podrás vivir con el recuerdo de que estás vivo por la compasión de un McKenzie?

Se marchó corriendo.

Entonces caminé hasta Amanda para mirar con detenimiento si le habían hecho daño.

—¿Estás bien? —le pregunté mirando a sus ojos.

—Ahora sí —dijo ella esquivando mi mirada.

—Si te hubiese pasado algo jamás me lo habría perdonado.

—Claro, porque un *highlander* de por aquí no puede perder una batalla.

—No. No es eso. Porque si le hubiesen hecho daño a la mujer a la que amo, no hubiese cumplido mi promesa de protegerla.

Sentí que mis pies se hundían sobre aquel suelo de piedra. Tanto fue así que tuve que mirar hacia abajo para asegurarme de que solo era una sensación.

—Maldita sea, no puedes hacer eso.

—¿Hacer qué? —pregunté.

—No puedes decirme que me amas, ¿no lo entiendes? Me tengo que ir, este no es mi tiempo, y para Harriet aún menos.

—Pero, aquí también hay muchachas de su edad. Los guerreros nos encargamos de proteger a las mujeres del clan.

—Precisamente por eso. No quiero que nadie nos tenga que proteger, no quiero tener que vivir con miedo durante el resto de mi vida, y Harriet aún no ha terminado sus estudios.

—No quieres vivir con miedo, pero a cambio, ¿podrás vivir sin amor?

Me miró con los ojos bien abiertos, y corrió hacia mí. Un mar salía de sus ojos. Después se secó las lágrimas, y me abrazó. Me apretó con fuerza colocando sus brazos por encima de mis hombros. Y después hundió su rostro en el hueco de mi cuello.

La apreté con fuerza, olfateé su pelo, y le volví a decir que la quería junto a mí.

Ella se separó de mi cuerpo y nuestros rostros se quedaron tan cerca que no pude evitar acercar mis labios a los suyos. Cuando de pronto un grito desgarrador nos obligó a separarnos para dirigir nuestras miradas hasta el lugar donde provenía.

Capítulo 15

Amanda Smith



Era la voz de Peyton, ella era la que había gritado, la había escuchado tantas veces hacerlo cuando se asustaba por cualquier cosa en nuestra casa, que fue fácil reconocer de donde procedía aquel alarido. Solo que en aquel momento, no era un grito de susto por ver una cucaracha, ni era un grito por haberse quemado la mano al sostener algo caliente, no. Aquel grito fue debido a la sorpresa al ver como el sucio McDougal blandía una daga en el costado de nuestra hermana.

Harriet había caído al suelo al instante de atravesarla con aquel arma.

No tuvimos que temer por ningún otro herido, pues de forma inmediata Niall degolló con su *claymore* el cuello de aquel asesino.

Corrí hasta donde el cuerpo de mi hermana yacía en el suelo. A cada paso que daba sentía más y más miedo. Porque de descubrir que estaba muerta, habría sido por mi culpa, por no quedarme con ella, por no haberla protegido.

Me arrodillé y sostuve su cabeza con mis manos mientras susurraba su nombre. Pero no respondía. Peyton examinaba su cuerpo y al ver la daga aún clavada fue a sacarla, cuando Craig le sostuvo la mano impidiendo que lo hiciera.

—No sabemos como de profundo es ese corte, será mejor que dejes ahí eso —le dijo.

—Pero hay que curarla, tenemos que curar esa herida.

Niall se acuclilló al lado de mi hermana y tomándola por sus manos le dijo aquello que a mí me desgarró por dentro.

—Hemos visto cientos de heridas como esta. —La pausa duró mucho más de lo necesario—. Siento decir que no podrá sobrevivir.

—¿Tú qué sabes? ¿Eres médico? —me defendí.

Harriet abrió los ojos en ese momento. Me miró y levantó su mano para que se la cogiese.

—Te vas a poner bien, ¿me oyes? —le dije apretando con fuerza su mano.

—Escúchame —me pidió.

—Tienes que empezar a relajarte, a disfrutar de lo que la vida te regala, y a no intentar controlarlo todo. Los sentimientos no se pueden dominar.

—Calla, guarda esas fuerzas para más tarde, las necesitarás para recuperarte.

—Shhhh... ¿Has mirado a tu alrededor? Aquí no hay quirófanos, antibióticos, ni qué hablar de cirujanos...

—No digas eso, vas a curarte, ¿me escuchas?

Amanda cerró los ojos, su cuerpo se debilitaba.

Miré su costado, el que se empezaba a empapar de sangre, y me decidí a quitarle la daga para presionar la herida hasta detener la hemorragia. Eso es lo que se debía hacer, y no esperar a que muriera desangrada.

—No lo hagas, fuego. La matarás.

Fue su voz, la última voz que debía pronunciar aquellas palabras.

Me quedé mirando a donde estaba, y lo vi negando con la cabeza.

Me levanté del suelo, caminé hasta su lado y abriendo los brazos me abrazó. Me sentí a salvo, pero no podía ignorar que mi hermana todavía estaba allí, y si no hacía algo rápido, vería como su vida se le escapaba.

—Ha llegado el momento de regresar todos —Aquella voz de nuevo.

No tardé nada de tiempo en darme la vuelta llena de rabia para responderle a la anciana que no dejaba de aparecérsese todo el tiempo, y que todavía no me había ayudado ni un poco.

—¿Regresar a dónde? —pregunté al aire, porque allí no había nadie.

Todos me miraban como si hubiese perdido la cordura. Que en realidad era lo que a mí también me empezaba a parecer.

—A casa, debéis de hacerlo todos. Unid vuestras manos, apretad las piedras, pedir el mismo deseo todos a la vez sin que nadie os escuche y podréis regresar.

¿Era mi imaginación, de verdad aquella anciana se me aparecía, aquello podría resultar? Daba igual lo que yo pensara de todo lo que estaba pasando, pero si había una posibilidad entre un millón de salvar a Harriet debíamos de intentarlo.

—¡Escuchadme! No me vais a creer, pero tampoco tengo tiempo de explicároslo. Coged vuestras manos —les dije a mis hermanos.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —preguntó Harden.

—Vamos a regresar a casa, tenemos que salvarla.

—Ahora, agarraos de las manos. Sacaré mi piedra y la de Harriet. Apretaremos las piedras mientras todos en silencio pedimos el mismo deseo.

—¿Qué deseo? —Volvió a abrir los ojos Harriet.

—Tú puedes descansar, nosotros nos encargamos de todo —le dije y le di un beso en su frente.

Miré una última vez a todos, pero más tiempo a Thomas, el que tenía los ojos empañados.

Mis hermanos y yo nos cogimos por las manos, las piedras en mis dos manos las compartía con Harriet y Peyton. Las apretaba con fuerza, y antes de cerrar todos los ojos asentimos con nuestras cabezas para pedir el deseo.

Algo debió de salir mal, porque después de unos segundos aún estábamos allí.

—¿Pensabais en otra cosa que no fuese ella? —les pregunté mirando a Harriet que parecía dormida.

Tanto Peyton como Harden negaron con las cabezas.

—¡Mierda, me has vuelto a engañar! —gritaba al aire.

—¿Estás bien? —me preguntó Thomas.

No importaba yo, no quería malgastar el tiempo que me quedaba junto a Harriet dando explicaciones absurdas sobre las visiones de una anciana que además no servían para nada.

Así es que negué con la cabeza y me incliné sobre Harriet. La abracé, la besé, y me quedé pegada a su rostro con el mío.

—Amanda, tengo miedo.

Aquella frase me rompió en dos. No podía decirle que todo iba a ir bien, ahora ya no podía. Debajo de su cuerpo había un enorme charco de sangre que continuaba creciendo.

—Estoy aquí. No estás sola.

Le agarré la mano para que me sintiera.

—No quiero morirme, deseo curarme.

Capítulo 16

Thomas McKenzie



No entendimos nada. Ni Craig, ni Kennett, ni siquiera Niall o Violet que allí nos encontrábamos podíamos dar una explicación a lo que acababa de ocurrir delante de nuestros ojos.

Si alguien hubiese tratado de explicarme aquello, lo habría tomado por loco, porque las personas no desaparecen de un momento a otro sin dejar rastro.

No era necesario buscar por ningún sitio, sabíamos que habían regresado a su tiempo, y aunque todos nos quedamos desorientados cuando lo hicieron, sabíamos que el fin por el que se fueron estaba más que justificado.

Tres días, tres largos días, tres tristes días, sin ella. Y lo peor, que mirase a donde mirase, continuaba viéndola.

Después de pensarlo mucho, y escuchar a Violet casi a cada hora pronunciar que todos regresarían después de que Harriet sanara, tomé la decisión de alejarme del clan. No podía quedarme esperando eternamente que ella regresara. Estaba siendo un verdadero sinsentido mi vida.

Despertaba en la noche sin apenas haber dormido para ver si estaba de vuelta, merodeaba por los bosques para averiguar si había regresado.

Niall era paciente, él tenía la absurda creencia al igual que Violet de que regresarían pronto o tarde pero lo harían. Yo no podía estar tan seguro, porque si Harriet sanaba, ella ya había pronunciado que debía regresar a su época, y si le ocurría algo malo a su hermana, no regresaría aquí jamás.

Pude aguantar una semana, después me despedí de todos, y puse rumbo a Irlanda, decidí instalarme en el reino de Leinster. Cabía la posibilidad de no ser bien recibido, pues la última vez que pidieron ayuda a mi familia, mi padre la negó. No fue un capricho suyo pues, el rey de Escocia precisaba también de nuestro clan. El tío Erg tras escuchar las palabras de nuestro padre se marchó antes de lo previsto de nuestro castillo. Un O'Donnell representaba poder. Ellos eran el clan más fuerte que se podría conocer jamás en Irlanda, y por eso yo había decidido unirme a ellos.

Capítulo 17

Amanda Smith



No diremos que la sorpresa nos dejó paralizados frente a las puertas del hospital, no. Reaccionamos como se espera que reaccione cualquier persona que intenta salvar la vida de un ser querido. Gritamos a pleno pulmón para llamar la atención de cualquier médico que se encontrase allí. Y resultó. Salieron al menos tres personas, nos la arrebataron de los brazos al ver en la situación que se encontraba. Porque yo no soy médico, pero ver toda esa sangre alrededor de la herida no era bueno.

Entonces sí que nos quedamos paralizados los tres, se habían llevado a Harriet y nosotros todavía estábamos afuera, nos mirábamos.

Seguro que el miedo nos dejó allí, era una medida de prevención, si no entrábamos no sabíamos qué era lo que ocurría, si lo hacíamos, seríamos conscientes de la gravedad de todo.

—Tenemos que entrar —dijo Harden.

—Id vosotros, yo no tengo fuerzas —respondí.

—Iremos los tres. —Peyton me abrazó y me besó en la mejilla. Y ese era el empujón que necesitaba para moverme del lugar.

Al entrar por las puertas de urgencias todos nos miraban. Con un simple vistazo bajando la cabeza hacia mi cuerpo me di cuenta del motivo. Teníamos las ropa llena de sangre, polvo, y suciedad. Esa la mía, porque Harden vestía como si viniera de otra época al igual que Peyton.

—Deben de ser ustedes los que han traído a la joven con la daga clavada —dijo un médico acercándose hasta nosotros.

—Es nuestra hermana.

—Ahora mismo la están operando. Debo de ser sincero con ustedes, ha llegado muy débil, el arma atravesó su hígado, y el volumen de sangre perdido es uno de los motivos de su gravedad.

—¿Se va a poner bien? —Harden le preguntó sin pensárselo.

Jamás lo hubiese hecho yo, porque la respuesta a aquella pregunta daba más miedo que la realidad que estábamos viviendo.

—Vamos a hacer todo cuanto esté en nuestras manos, pero deben saber que la policía está de camino. Deberán responder algunas preguntas.

No lo habíamos pensado, pero era lógico. Harriet llevaba un arma clavada en su cuerpo, y ahora teníamos que pensar en qué era lo que le diríamos a aquellos policías que se acercaban a paso ligero por el pasillo que teníamos frente a nosotros.

—Buenos días, somos los inspectores Sánchez y Travis, necesitamos hacerles unas preguntas. Sabemos por lo que están pasando, y seremos breves.

Peyton me cogió de la mano y me apretó con fuerza. A mí se me ocurrían cientos de historias que podíamos contarles para salir de aquel lío, como por ejemplo que veníamos de una fiesta de disfraces. Claro, que si preguntaban de donde, no sabría como continuar. La daga podría ser de cualquiera, alguien que quiso hacernos daño y terminó clavándosela a Harriet. Sí, se me ocurrían cosas, pero la mayoría sin sentido, y el resto se me desvanecían antes de verbalizarlas.

—Fue un accidente —dijo Harden.

—Explíquese —dijo uno de los policías acercándose un poco más a mi hermano.

—Todo ha sido por mi culpa, ella no debía de estar allí, la dejamos sola, yo el primero...

¿Qué diablos estaba haciendo Harden, pensaba contarle a la poli que habíamos viajado en el

tiempo?

—La culpa fue mía, yo estaba con ella y me fui —interrumpí a mi hermano.

—Si alguien es culpable, esa soy yo, recordad que todo esto lo inicié yo —dijo Peyton.

—Está bien, nos está costando entenderles, ¿pueden explicar lo que ocurrió desde el principio?

Desde el principio, qué complicado contarlo todo desde un principio, primero porque deberíamos remontarnos a aquella época aquí en Los Ángeles, esa en la que todos éramos felices. No, no lo éramos, ninguno de nosotros lo fuimos desde que Harden conoció a Hanna. Él porque se desvivía por ella sin que ese amor fuera recíproco, y nosotras tres porque lo veíamos desde fuera. Y lo que nos hizo sumirnos en la gran tristeza fue que Hanna dejase a Harden poco antes de su boda. Peyton tuvo la fantástica idea de llevárselo de viaje, el destino ya lo sabemos todos, pero no resultó ser lo maravilloso que se esperaba. Mágico sí, de eso no tenemos dudas, y aunque al principio nos costó creerla cuando regresó sin él, después fuimos menos incrédulas y tratamos de encontrarlos en aquel viaje. ¿La estupidez? La mía, dejar sola a Harriet.

Y ahora, ¿cómo le contamos todo esto a los polis que tenemos frente a nosotros sin que piensen que nos hemos drogado?

—¿Harden? ¿Harden Smith? ¿Eres tú? —Se acercó alguien a mi hermano.

—Jason, qué alegría volver a verte.

—Tío desapareciste, te hemos echado mucho de menos en comisaría. ¿Qué es de tu vida? Bueno, veo que vienes de la fiesta esa de disfraces que ha organizado Jane por su cumpleaños. —Harden miró a los polis que esperaban impacientes—. Portaos bien con él, es un compañero, y de lo mejor que hemos tenido por aquí —les dijo antes de abrazar a Harden y marcharse.

—Está bien, demasiadas emociones. Veo que es policía.

—Así es, estábamos en una fiesta como ya han escuchado, y cuando nos marchábamos, ocurrió. Nos despistamos un momento y dejamos sola a nuestra hermana pequeña.

—Está bien, hablaremos en otro momento. Nos pondremos en contacto con ustedes en unos días. Les deseo una pronta recuperación de su hermana. —Los policías le dieron la mano a nuestro hermano y se alejaron despidiéndose de nosotras con un simple gesto de cabeza.

Nos sentamos los tres en aquella sala de espera que a cada minuto que pasaba se hacía más pequeña y parecía que trataba de asfixiarnos.

Creo que tomé más de tres cafés de aquella máquina gratuita del pasillo, y cuando regresaba de ponerme el último vi al doctor de antes junto a mis hermanos.

En esta ocasión vestía como si hubiese acabado de salir del quirófano.

No escuchaba lo que decía, pero mis pies no podían moverse del sitio, por más que quisiera acercarme para saber, mi cuerpo no reaccionaba a mis deseos. Pero aun sin saber lo que el doctor les comunicaba, me empezaba a formar una idea en mi cabeza al ver la reacción de mi hermana.

Cayó de rodillas de pronto, y se echó las manos al rostro, dejando escapar un mar de lágrimas de sus ojos.

El doctor se alejó colocando una mano sobre el hombro de Harden, y después mi hermano se acuclilló para abrazar a Peyton y darle consuelo.

Había muerto, Harriet ya no estaba con nosotros.

El café que sostenía en mi mano cayó al suelo de forma inmediata al pensar en lo que había ocurrido, y las miradas de Harden y Peyton se clavaron en mí.

Ambos corrieron hasta donde me encontraba para abrazarme.

—No, no, no, no —Peyton me sujetó la cara con sus dos manos y negaba al mismo tiempo que aquella palabra salía de su boca repetidamente.

—Es por mi culpa. —Sabía que ellos jamás me culparían por su muerte, pero aquella era la verdad.

—¡Está viva! Se va a poner bien, el doctor nos ha dicho que ha sido un milagro que se esté recuperando tan rápido. Que jamás habían visto algo similar. Y que agradezcamos a su hada madrina, porque seguro que ha estado junto a ella todo el tiempo.

—Vuestra hada madrina, debéis saber que no solo pertenezco a uno de vosotros, soy de los cuatro. Me envía alguien que está muy agradecida con uno de vosotros, que demostró ser un hombre valiente y se quedó a su lado. Ahora debéis encontrar la felicidad, cada uno la suya. Si deseáis regresar, Amanda sabe el lugar.

Esa voz resonó esta vez en las cabezas de los tres. Nos miramos con una sonrisa en nuestra boca, y abrazamos a Harden.

—Vamos a verla, el médico nos dijo que ahora está despierta, después debe descansar.

Peyton caminaba delante de nosotros abriéndonos camino hasta llegar a la habitación donde el doctor les había dicho que se recuperaba.

Abrimos la puerta despacio por si dormía, y entramos con pasos sigilosos para no hacer ruido. Aunque nada más vernos Harriet levantó su mano en forma de saludo, y dibujó una enorme sonrisa en su rostro.

Corrimos hasta ella, y cogimos sus manos, acariciamos su pelo, besamos su frente, sus mejillas, los brazos. Hasta que nos pidió que parasemos.

—Parad parad, me estáis agobiando —dijo empujándonos.

Allí estaba nuestra hermana, era ella en toda su esencia.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—No me duele nada, pero el doctor me ha dicho que es normal, dentro de unas horas se despertará el dolor, pero que avise para que me administren más calmantes.

No podía retener las lágrimas en mis ojos, porque solo verla hablar era algo increíble, y que no estaba segura de volver a hacer.

—Deja de llorar de una vez.

—Si te llega a pasar algo...

—Ha sido lo más emocionante que he vivido nunca, la verdad es que lo he pasado francamente mal, pero si me dieran a elegir... —Miré a Peyton y a Harden para conocer si ellos también estaban horrorizados de escuchar aquello—. Volvería a vivir cada uno de esos momentos sin pensármelo.

—¿Qué demonios estás diciendo? Debes de estar loca —le dije.

—Tengo dieciocho años, y estos días han sido los más emocionantes de toda mi vida. No estoy loca, me he sentido viva. Aunque casi me muero. —Trató de hacer un chiste.

—Pues recupérate pronto, que Escocia te espera —dijo Harden.

—Ni lo sueñes. Tú puedes irte cuando quieras, pero ella se queda conmigo.

—No puedes elegir por ella —dijo Peyton.

—Podría estar muerta.

—Pero no lo está.

—No lo está porque hemos regresado para salvar su vida, pero, ¿y si la próxima vez no tenemos tanta suerte?

—Tendré más cuidado.

—¿Cuidado? ¿Crees que teniendo cuidado podrás continuar viva en un mundo donde llevar colgada una espada sustituye a un teléfono móvil?

—Si no vas a estar tranquila, quizá debas de quedarte tú, nosotros protegeremos a Harriet.

Harden me acababa de decir que era yo la que tenía miedo todo el tiempo. Y además estaba en lo cierto, porque lo que me pudiese ocurrir a mí no me importaba, pero si a ellos les pasaba algo, no podría continuar con mi vida. Pero aquí o allí, donde estuviese sería así.

Salí de la habitación, porque de permanecer en ella terminaría aceptando que era un ser egoísta. Así es que regresé a la sala de espera.

A los minutos Harden se sentó junto a mi silla, y solo colocando su mano sobre mi rodilla me hizo hablar.

—Tenéis razón, vivo con miedo.

—¿Por qué? —Me obligó a mirarle a los ojos.

—Porque solo me quedáis vosotros, y mi mundo permanece en pie gracias a vosotros. Las ruinas del pasado están bajo mis pies, y lo último que espero es que uno de vosotros os unáis a esas ruinas.

—No nos va a pasar nada, tienes que estar tranquila, o no podrás disfrutar nunca.

Harden pasó su mano sobre mis hombros y me acercó hasta él para besarme la cabeza.

Peyton llegó hasta nosotros, y también se unió al abrazo.

—Al menos estará unos días aquí, y debería de coger fuerzas antes de marcharnos.

Iba en serio, ya habían decidido que regresar a aquel mundo gris y peligroso era una gran idea.

—Yo puedo quedarme con ella, podéis iros vosotros.

Harden miró a Peyton y los dos se rieron.

—No, vosotras debéis regresar, seré yo quien me quede con Harriet. Violet estará bien con vuestros hombres.

—Eh eh eh eh, un momento. Yo no tengo ningún hombre, Thomas es un terco, estúpido, temerario, y bruto. Y aunque sea el hombre más atractivo que he podido ver nunca, y despierte en mí emociones que jamás podría despertar ningún otro hombre, no aceptaría ni muerta que fuese mi esposo.

—¿Quién ha hablado de casaros? —preguntó Peyton.

Abrí mucho los ojos al descubrir mi metedura de pata, y ellos se carcajearon durante un buen rato.

Capítulo 18

Thomas McKenzie



El recibimiento en el clan

O'Donnell fue mejor de lo que esperaba. Tanto fue así que, en cuestión de dos semanas junto a ellos, ya estaba completamente integrado. Al principio, me sentí un poco fuera de lugar, pero la calidez y la hospitalidad de los O'Donnell hicieron que me sintiera como en casa rápidamente. La unión de la hermana de mi madre con aquel hombre que se convertía en mi tío nos había acercado a ambos clanes.

Mi tío, quien siempre había sido un hombre de gran influencia y sabiduría, estaba en medio de negociaciones para establecer un pacto importante con el clan O'Neill, otro de los clanes más poderosos de Irlanda. Sabía que este acuerdo podría cambiar el curso de muchas cosas para ambos clanes, y había estado trabajando incansablemente para lograrlo.

Cuando llegué, me recibió con los brazos abiertos, y una sonrisa que mostraba su alivio y alegría. Mi presencia parecía haberle dado una nueva esperanza, y me involucró de inmediato en las discusiones y planes. A medida que me familiarizaba con las costumbres y dinámicas del clan O'Donnell, también comencé a comprender la importancia de ese pacto.

Mi tío me explicó que los O'Neill tenían una influencia considerable en el norte de Irlanda, y una alianza con ellos no solo fortalecería nuestras defensas, sino que también abriría nuevas oportunidades comerciales y estratégicas. Mi participación en las conversaciones y reuniones, aunque al principio tímida, comenzó a ganar peso e importancia al paso de los días. Mi tío me animaba constantemente, valorando mis opiniones y estrategias propuestas.

La relación entre los O'Donnell y los O'Neill había sido históricamente tensa, pero mi tío, con su habilidad diplomática, estaba logrando suavizar aquellas diferencias. Durante una reunión clave con los líderes de los O'Neill, pude ver cómo mi tío utilizaba cada argumento y cada gesto para acercar posiciones. Yo estaba a su lado, apoyándolo y aportando mis ideas.

Con el paso de los días, noté un cambio en la actitud de los O'Neill. La desconfianza inicial comenzó a disiparse y se abrió un espacio para el diálogo constructivo. Mi tío, siempre atento a los detalles, me pedía que interviniera en momentos cruciales, y juntos logramos presentar una propuesta que fue bien recibida por ambas partes.

Finalmente, después de varias semanas de intensas negociaciones, el pacto fue sellado. Sentí una gran satisfacción al ver la sonrisa de mi tío, quien me abrazó con fuerza, agradecido por mi apoyo. Sabía que este acuerdo no solo fortalecería a nuestro clan, sino que también cimentaría nuestra posición en Irlanda.

Mi integración con los O'Donnell fue completa y significativa. No solo me aceptaron como uno de los suyos, sino que también me brindaron la oportunidad de contribuir a un momento histórico para el clan. Y aunque en un principio me mostré reticente cuando mi tío me sugirió casarme con la hija del jefe del clan O'Neill, más tarde me di cuenta de que era la manera más rápida de olvidarme de la mujer que había salvado mi cuerpo del fuego pero, que hizo que mi alma ardiera al marcharse.

El día en que conocí a la hija del jefe del clan O'Neill, sentí una mezcla de nerviosismo y resignación. Sabía que este matrimonio era crucial para la alianza entre los O'Donnell y los O'Neill, pero mi corazón todavía pertenecía a otra mujer, una mujer que había dejado atrás en otra vida, en otro tiempo.

Me encontraba en la gran sala del castillo O'Neill, rodeado de murallas de piedra y tapices que contaban historias de batallas y glorias pasadas. Todo a mi alrededor estaba cargado de expectativa. Mi tío, con su porte majestuoso, se encontraba a mi lado, sus ojos brillaban de alegría. Estaba orgulloso de mí, de lo que habíamos logrado juntos.

Entonces, las puertas de la sala se abrieron y ella entró. La hija del jefe O'Neill, Brígida, caminaba con una gracia y elegancia que me impresionaron de inmediato. Su cabello, oscuro y brillante, caía en cascada sobre sus hombros, y sus ojos, de un verde intenso, me observaban con curiosidad. Llevaba un vestido de seda verde, bordado con intrincados diseños celta los que hacían resaltar su figura esbelta.

Mientras se acercaba, mi mente no podía evitar vagar hacia el pasado, hacia ella, la mujer que aún ocupaba mi corazón.

Sentí un nudo en la garganta, recordando sus risas. ¿Cómo puedo olvidarla? me preguntaba una y otra vez. Pero sabía que no era mi elección. Este matrimonio era más grande que mis propios deseos. Era por el bien de mi gente, de mi familia.

Brígida llegó a mi lado, y su padre, el jefe O'Neill, nos presentó oficialmente. Tomé su mano, notando lo suave y cálida que era, y me obligué a sonreír.

—Es un honor conocerte, Brígida —dije, esforzándome por sonar amable.

Ella me devolvió la sonrisa, una sonrisa que parecía sincera y llena de esperanza.

Mientras nos sentábamos para discutir los detalles de la boda, no podía dejar de sentirme dividido. Brígida parecía amable y noble, pero mi corazón seguía latiendo por otro amor. ¿Cómo podré hacer esto? ¿Cómo podré entregarme a alguien cuando mi alma aún pertenece a otra?

El resto del encuentro transcurrió en una especie de neblina. Respondí a las preguntas, asentí en los momentos adecuados, pero mi mente estaba lejos. Cada sonrisa de Brígida, cada gesto amable, era una punzada de culpa y tristeza. Sin embargo, me prometí a mí mismo que la trataría con respeto y cariño, que sería el esposo que merecía, aunque mi corazón estuviera roto.

Cuando la reunión terminó, me despedí de Brígida con una leve inclinación de cabeza. Mientras salía de la sala, sentí el peso de mi deber aplastándome. Debo hacerlo, me dije. Por mi clan, por mi familia. Pero en el fondo, sabía que siempre habría un rincón en mi corazón que perteneciera a ella, a la mujer que nunca podré olvidar.

Capítulo 19

Amanda Smith



Harriet iba recuperándose a pasos agigantados día tras día, era como una especie de milagro verla con aquel color de cara, caminando, despacio pero caminando. Y la sorpresa definitiva nos la llevamos el día que su médico le dio el alta hospitalaria y la mandó para casa a seguir recuperándose.

Si soy sincera yo no me alegré de las noticias de aquel día. La primera porque mandarla a casa significaba que no tendría una enfermera veinticuatro siete disponible para ella, y aquello me daba miedo. La segunda, porque estaba segura de que volvería a salir el tema de regresar con los McKenzie. Y la tercera, aquella era la que más miedo me causaba, se acercaba el día de volver a ver a Thomas.

Me sentía tan débil en su presencia que temía que junto a aquel hombre me pudiese convertir en una mujer dependiente de él al completo.

Salimos del hospital y regresamos a nuestra casa felices, al menos ellos lo estaban.

Poco tardaron aquellas sospechas en hacerse realidad, fue cerrar la puerta y Peyton decirlo.

—¿Seguro que estaréis bien? —le preguntaba a Harden.

—Mejor que bien. —Le guiñó un ojo fortaleciendo aquella respuesta.

—Deberíamos de esperar unos días más, no me iré tranquila todavía.

Peyton me miró, y me hizo un gesto con la cabeza para que me acercase a ella, mientras caminaba hacia el interior de su dormitorio.

—¿Él te da miedo? —me preguntó cuando cerré la puerta al entrar.

—¿Harden? —dije.

—No te hagas la tonta, no te pega nada. Sabes bien a quien me refiero. Thomas.

—¿Miedo? —Me reí.

—Te da miedo que no sienta lo mismo que tú por él, lo veo en tus ojos cuando sale su nombre.

—¿Qué idioteces dices? Yo no siento nada por ese hombre.

—Entonces deberíamos de decírselo a Harden, que sea él quien viaje conmigo, tú puedes quedarte con Harriet,

—Pero... —No encontraba la excusa perfecta para que no me notase que no quería hacer eso.

—Lo sabía, sientes algo por él.

Vaya que si sentía, sentía de todo cuando pensaba en él, y ahora mismo me acababa de dar cuenta que si no lo veía acabaría muriéndome por amor, eso que jamás había logrado sentir hasta ahora. Jamás ningún hombre había provocado en mí un sentimiento más real.

—¿Le amo? —Hice la pregunta en voz alta.

—Estoy convencida de que sí.

Peyton respondió por mí.

Capítulo 20

Thomas McKenzie



Dos semanas para el enlace, dos semanas para unir los dos clanes más poderosos de Irlanda en uno. Y aquello lo había conseguido yo, con la ayuda de mi tío, pero era todo merito mío. Me sentía tan orgulloso de ser tan valioso que tenía la necesidad de contarlo a mi familia. Así es que decidí partir de nuevo a Escocia para invitar a mis hermanos y padres al enlace, y que fueran testigos de mi futuro. Y aunque aquel viaje estuvo lleno de incertidumbre por no saber si los Smith habían regresado, tuve el valor de hacerlo para poder así cerrar una etapa de mi vida.

—¡La cena está lista! —Madre llamaba a todos a la mesa.

No me vio entrar, pero me sintió apresarla por su cintura y abrazarla como cuando era un niño.

—Cuando me dijeron que regresabas no les creí. Y ahora que te veo continúo sin hacerlo. Estás tan cambiado.

—Madre solo han sido semanas, no puedo haber cambiado tanto.

—Siéntate antes de que lleguen todos —me dijo mi madre.

—Sé que estás feliz con tu posición en el clan O'Donnell, pero recuerda que tú eres un McKenzie, y tu tío no cesará en el empeño hasta hacerte jefe de su clan, y de esa forma pertenecerle.

—No, madre, no tienes porqué preocuparte. Me caso con la hija del clan O'Neill como lo que soy, un McKenzie.

Vi desconcierto en el rostro de mi madre, pero no continuó con la conversación. Solo añadió una frase que me dejó pensativo durante toda la noche.

Fue tan reconfortante aquel abrazo de mis hermanos que por un momento deseé quedarme con mi familia aquel día. Y a pesar de no poder hacer tal cosa porque hubiese dejado en mal lugar a los O'Donnell, tampoco me hizo falta pensarlo demasiado cuando las puertas del gran salón se abrieron de nuevo y vi entrar a Peyton a la carrera y lanzarse a los brazos de Niall.

Mi cuerpo se quedó rígido, y el corazón se desbocó, sus latidos los sentía en cada rincón de mi cuerpo, y un escalofrío recorrió mi espalda.

¿Fuego? ¿Ella también había regresado?

Capítulo 21

Amanda Smith



No funcionó, la unión de nuestras manos mientras apretábamos las piedras nos había traído de regreso a nuestro siglo, pero ahora que tratábamos de regresar a aquellas tierras inhóspitas, nada de aquello funcionaba. ¿Se nos olvidaba algo?

—Algo ha cambiado —dijo Peyton.

—¿Debemos viajar a Escocia? —le respondí en forma de pregunta.

—Hagamos las maletas.

—Vaya, cuanta prisa para no desear regresar —añadió Harden, mientras limpiaba la herida de Harriet.

De pronto un susurro, una voz clara que me recordaba algo.

Dentro del río, donde los árboles tienen flores de color rosa, allí está la gran piedra plana.

—Creo que no sea necesario viajar hasta Escocia.

—¿Entonces?

—Hay que buscar un río, cerca de árboles rosas, dentro del río está la piedra que nos ayudará a viajar en el tiempo.

—¿Un río, árboles rosas? Debes de haberte fumado algo muy fuerte hermanita —dijo Peyton.

—Yo sé dónde puedes encontrarlo, Malibú Creek State Park, tiene un río y robles, también almendros. —Harriet nos dio el lugar.

Y así fue como llegamos de nuevo a Escocia. Llegamos al riachuelo, y después de caminar por su orilla más de dos horas, dimos con la piedra sumergida en el fondo de sus aguas.

Caminamos por dentro de las frías aguas, y nos subimos las dos a la gran roca, nos abrazamos con fuerza, y al cerrar los ojos, ambas pensamos en los McKenzie.

Al abrir nuestros ojos pudimos ver como aquella gran piedra mágica nos había llevado justo hasta las puertas del imponente castillo Eilean Donan. La propiedad de los McKenzie.

Peyton no pudo contener las prisas de reencontrarse con Niall, y salió corriendo hacia el interior del castillo.

Yo no me atreví a moverme. Solo de pensar que en cualquier segundo podría verlo frente a mí, me paralizaba al completo.

Yo no caminé, me quedé quieta en aquel lugar.

Gritos de alegría se escuchaban desde afuera, imaginé que al ver a mi hermana todos corrieron para abrazarla, y el júbilo resonaba por cada roca de aquel castillo.

Hasta que de pronto su cuerpo se quedó frente a mí. Por fin nos encontrábamos.

Comencé a sudar, a temblar, tomé una profunda bocanada de aire para intentar relajarme. Thomas estaba allí, con la sonrisa en sus labios más grande que había podido ver hasta ahora. Con aquel brillo en sus ojos color ámbar que me desnudaban con aquella mirada.

—Hola —saludó.

—Hola —respondí.

—¿Cómo está Harriet? —Al hacerme aquella pregunta creo que me enamoré todavía más de él.

—Recuperándose.

Dio un paso hacia mí, y a mi alrededor todo mi mundo giró, y todo cuanto nos rodeaba

comenzó a desaparecer con cada paso que daba.

Ahora ya solo existía Thomas, estaba pegado a mí, y juntó sus labios con los míos. Aquellos movimientos suaves, sus mordiscos lentos mientras apretaba mi cuerpo contra el suyo, me hicieron arder de placer.

—¡Amanda! —Peyton gritó.

Torpemente di un paso hacia atrás al escuchar a mi hermana.

—Ya voy, ya voy, solo estaba... —Miré a Thomas—. Solo saludaba a Thomas.

Me sonrojé al decirlo. Y Thomas se rio al verme.

Capítulo 22

Thomas McKenzie



Cuando la encontré detenida frente a las puertas del castillo, el corazón tamborileó con tanta fuerza que tuve que colocar mi mano para frenar sus movimientos y evitar de esa manera que no saliera de mi pecho. Estaba aquí, había regresado, y yo lo había estropeado todo por no tener paciencia. Por no confiar. Solo podía que acercarme hasta ella, necesitaba volver a olfatear su perfume, escuchar su voz, tenerla de nuevo cerca de mí. Y cuando lo estuve, no pude evitar besar sus labios, rozar mi nariz con la suya, mordisquear su boca.

Su hermana interrumpió aquel momento, que de no ser así, seguramente no hubiese podido frenar mi sed de fuego.

Una vez dentro, clavé la mirada en el pastel de carne que tenía frente a mí en la mesa. No podía quitarme de la cabeza el beso que habíamos compartido al vernos. Aquella suavidad de su piel, su sabor... Pero tampoco podía quitar de mi mente lo otro. Estaba apunto de casarme con otra mujer, y aquello no estaba bien.

Intenté ignorar su presencia durante toda la comida, pero cuando terminamos, al retirarnos, ella llamó mi atención.

—¿Se puede saber qué haces? —dijo dándome un empujón por la espalda.

—¿Qué crees que hago?

—La verdad es que no tengo la menor idea.

Yo tampoco la tenía. Quería estar con ella, pero conocía que no podía, por eso me alejaba.

Así es que continué caminando hasta llegar a mi alcoba. Necesitaba estar a solas, solo que Niall no lo sabía, e interrumpió mi retiro.

—Díselo, tiene derecho a saberlo, antes o después se enterará.

—¿Crees que no lo sé?

—¿A qué esperas?

—Quiero estar con ella, fui un estúpido al comprometerme con Brígida.

—Ahora no puedes deshacer eso, tienes que contárselo a Amanda.

A Niall aquel día le dije que se lo diría, que me dejase a solas, y cuando salió de mi alcoba, escapé como cientos de veces lo había hecho por la ventana. Regresaba a Irlanda sin despedirme de nadie, como un cobarde.

Antes de mi regreso a Irlanda, cometí un error, no les dije a mi familia que no quería su presencia en mi enlace. Iba a ser más fácil para mí si nadie de Escocia se presentaba aquel día allí.

Nada más poner un pie en el castillo de los O'Donnell entré a los establos para ensillar uno de los caballos que me habían sido regalados por mi tío. Necesitaba estar distraído aquel día para detener ese sentimiento molesto que me llenaba de desesperación.

Abrí la puerta del caballo más veloz, acaricié su cabeza, y al poco de arreglarlo, lo monté.

Mi estómago me daba golpes de manera intermitente. Me culpaba de todo, pero lo que más dolor me causaba era la manera en la que le había hablado a Amanda antes de marcharme. Ella no tenía culpa alguna de mis errores. Seguro que le había hecho daño con mis palabras y la

indiferencia mostrada.

Cabalgué con furia aquel día, y a mi regreso, encontré a la mujer con la que me habían prometido esperando a las puertas de los establos.

Era el último rostro que deseaba ver ese día, pues me sentía igual de culpable de haber hablado mal a Amanda, que de haberla besado cuando ciertamente estaba ya comprometido con ella.

—No es el lugar más adecuado para una señorita —le dije desmontando del caballo.

—Necesito hablar contigo. —Su voz era seria.

—Si me das un momento dejaré al caballo en su cuadra.

—Solo me tomará poco tiempo.

Y comenzó a hablar. En ningún momento levantó su vista del suelo, y las palabras parecían tropezarse repetidamente.

—No te amo, y nunca podré hacerlo. —Ese era el mensaje principal.

—Sería extraño que el mismo día que me conoces sientas amor por mí, y además solo nos hemos visto en dos ocasiones. Quizá tres ocasiones después de nuestra presentación. No espero amor incondicional por tu parte, igual que no lo esperes por la mía.

Ella clavó la mirada en el cielo.

—No entiendo de clanes, ni de tratos, tampoco sé porqué debo de ser yo quien una ambas familias teniendo un hermano mayor y tu tío una hija. Pero de lo que sí entiendo es de amor.

—¿Un hermano? —Aquello no me lo esperaba.

Tenía que haber un error, porque de ser cierto, ¿cuál era el motivo para aquella alianza conmigo?

—Yo ya amo a alguien, no podré sentir también por ti —pronunció.

Todo el tiempo había pensado en mí, sin ni tan siquiera pensar en ella...

Capítulo 23

Amanda Smith



—¿Qué has oído? —Peyton necesitaba asegurarse de si lo había escuchado todo, o si en aquella última parte que hablaban sobre la boda de Thomas no había estado atenta.

Escuchar tras las puertas no estaba bien, pero en aquel momento pasaba por el pasillo en dirección a mi alcoba, y escuché mi nombre. Me sentí obligada a hacerlo, y si no hubiese sido porque la palabra boda me dejó petrificada en el sitio, no me hubiera quedado a esperar a que me descubrieran tras la maldita puerta.

—Lo suficiente para seguir pensando que el amor no es para todos —respondí.

—No digas tonterías, él te quiere. —Además de vivir con el corazón roto, tenía que seguir escuchando idioteces como aquellas.

—Claro, pues dime donde está la gracia si ahora Niall se casa con otra. Venga, responde. —Peyton enmudeció.

—Entenderemos que quieras marcharte, no podemos obligarte a viajar hasta Irlanda con nosotros, y sola en el castillo no puedes quedarte. —¿Niall me estaba diciendo que iban a ir todos a la boda de su hermano?

—¿Sabes? podéis llamarme kamikaze, pero estoy decidida y me apunto a esa boda. Siempre me han gustado los banquetes.

—¿Kamikaze? —Niall miró con el ceño fruncido a Peyton. No sabía lo que aquella palabra significaba.

—Creo que lo que ella quiere es ver la cara de tu hermano cuando aparezca frente a él en el día de su boda.

Yo no lo habría podido explicar mejor.

Partimos a Irlanda, y durante todo el viaje no pude dejar de sentir una rabia que me quemaba por dentro. Lo que no sabía era si aquel sentimiento era por lo que estaba apunto de hacer, o por lo que Thomas McKenzie me había hecho a mí.

Peyton intentó hacerme entrar en razón, imaginé que ella temía a que cuando lo tuviese frente a mí intentara darle una paliza. Y vaya que lo pensé, pero no, tenía una venganza mucho mejor planeada para él. Después ya pediría perdón a quien hiciera falta, pero necesitaba conocer los sentimientos reales que tenía hacia mí.

Durante el tiempo que duró el viaje no abrí la boca nada más que para quejarme de cualquier cosa que pudiese. Estaba enfadada, aquel sol que salía por detrás de las montañas no ayudaba en nada a apaciguar mi mal humor.

Craig se acercó hasta mí con el único fin de intentar rebajar el grado de enfado, pero parecía que había tenido poco tiempo de tratar con mujeres, al menos encolerizadas.

—Esto no va contigo, así es que si no quieres acabar pagándolo tú, te pido que te alejes.

—Me gustabas, sí, me gustabas para Thomas, pero ahora veo que las mujeres de tu tiempo no son inteligentes.

¿En serio me estaba llamando tonta?

—Te lo advierto, no continúes por donde vas.

—Si tu llegada hasta aquí es para hacerle ver a mi hermano lo que puede perderse, deberás de cambiar tu actitud. A ningún hombre le gustan las mujeres tan tercas.

—No es para que vea lo que puede perderse, es para que compruebe lo que ya ha perdido.

—Te ves bonita, solo tienes que sonreír, recuerda.

Y se alejó de mi lado nada más llegar a las puertas del clan O'Donnell.

Peyton me agarró por el brazo al ver que no avanzaba por el pasillo angosto e imponente que nos conducía hasta el gran salón.

—Respira, ¿vale? No quiero verte desmallada en mitad de toda esa gente.

—Muy graciosa, me gustaría verte en mi lugar —respondí.

Estaba oscuro, abarrotado de gente y oscuro. Al fondo del pasillo se podía apreciar la luz de las velas, allí todo estaba un poco más iluminado.

El ambiente no estaba relajado, muchos de los hombres que allí se encontraban tenían los ceños fruncidos, cuchicheaban entre ellos a la vez que bebían cerveza y vino. Si alguien me hubiese preguntado si aquel banquete pertenecía a una boda, hubiese negado rotundamente, porque más bien parecía una emboscada.

En ese instante fue cuando lo vi. Contuve el aliento mientras que Peyton me susurraba que continuase respirando, pero mis órganos habían dejado de funcionar en aquel instante que vi a Thomas McKenzie del brazo de aquella preciosa mujer.

No pude controlar lo que fuese que estaba sintiendo, y apreté con fuerza la tela del vestido que cubría mi cuerpo, tanto, que la rasgué.

Thomas no apartaba la vista de mi cuerpo, y aquello me parecía fuera de lugar, sobre todo teniendo a su futura esposa a su lado.

No tuve estómago para seguir en aquel lugar al mismo tiempo que él lo hacía, y soltándome de la mano de mi hermana caminé hasta un lugar solitario y alejado de aquel tumulto.

Subí al piso de arriba caminando por las escaleras de piedra, empujé una puerta de madera robusta y me escondí tras ella. El crepitar del fuego hizo que dejase de temblar, y mi cuerpo comenzó a relajarse al instante. Hasta que de pronto, Thomas traspasó aquella puerta, apoyó su cuerpo cerrando la puerta y una corriente eléctrica atravesó mi cuerpo desde mi cabeza hasta mis piernas.

—Vete, no puedes estar aquí. —Limpié una lágrima que resbaló por mi mejilla.

—Escúchame.

Thomas se acercaba dando pasos hasta donde me encontraba, y yo me escondía metiéndome a cada paso un poco más hacia el fondo de aquella habitación.

—Dijiste que te irías, que tenías que quedarte con Harriet, ¿cómo iba a saber que regresarías?

—Tienes razón, quizá pensé que sentías algo más fuerte por mí, es posible que creyese que mi amor valía para los dos. Estoy segura de que lo que yo siento es imposible que nadie lo pueda sentir, no al menos con esta intensidad con la que yo lo siento.

No había más espacio en la alcoba, así es que quedé pegada a la pared, no podía esconderme más, y Thomas llegó hasta mí.

Se quedó quieto frente a mí. Cogió el borde de la camisa que llevaba puesta y se la quitó sacándosela por la cabeza. Al hacer eso, tuve que tragar saliva, porque al segundo se me secó la boca. Tenerlo tan cerca y con el torso desnudo era doloroso. Aquellos pectorales tan firmes y marcados, sus hombros anchos y musculados, hasta las cicatrices que adornaban su piel eran dignas de ser besadas.

No quería moverme, pero al final sucumbí al deseo, y estiré mi mano para colocarla sobre su vientre.

Thomas no dejaba de mirarme, y después de coger aire, abrió un poco sus labios, y muy despacio se acercó hasta mi boca para después besarla.

—¿Cómo puedo enseñarte todo lo que yo siento por ti? —me preguntó.

Me acarició la mejilla con el dorso de su mano.

Una lágrima rodó por mi rostro.

—No lo sé, pero casándote con esa mujer, no.

Thomas volvió a besarme, y yo me relamí los labios cuando los separó de los míos. Apretó su cuerpo contra el mío, y comenzó a deslizar su lengua entre mis senos. Bajó un tirante de mi vestido y siguió lamiendo y sembrando besos por toda mi piel. Después bajó el tirante que sujetaba la prenda todavía en mi cuerpo, y al caer al suelo, emitió un gruñido grave.

Contuve el aliento y también tuve que frenar las ganas de taparme.

Dibujó una sonrisa ladina en su rostro, y enfocó su vista después a mi parte más íntima. Thomas se arrodilló delante de mí y me agarró con sus grandes manos por las nalgas. Besó mi abdomen, después mi cintura, se saltó mi sexo y colocó un reguero de cientos de besos por el interior de mis piernas, y cuando menos lo esperaba introdujo su boca en el interior de mi sexo, apartando mi ropa interior, sacando su lengua y haciendo que mi cuerpo se curvase entregándose a él por completo.

Cuando me hizo estremecerme se puso en pie, y agarrándome con más fuerza por las nalgas me levantó obligándome a abrir mis piernas, dejando mi sexo expuesto para ser penetrado. Con una mano me sujetaba, mientras que con la otra, la introdujo entre su vientre y el mío, y alcanzando a llegar a mi sexo, metió su enorme miembro.

Una oleada de placer recorrió todo mi cuerpo, y después con cada investida aparecían pequeños calambres que recorrían mis muslos proporcionándome más placer que el anterior. Hasta hacerme llegar al colapso, y gemir como jamás lo había hecho con ningún otro hombre.

—¿Has sentido suficiente? —me preguntó.

Morí de la vergüenza al hacerme esa pregunta, a la que respondí afirmativamente con la cabeza.

—Pues eso es lo que yo siento cada vez que tu melena color fuego se cruza en mi camino.

¿Y ahora qué? Una mezcla de culpa y terror se instaló en mi pecho. Estaba a punto de casarse, y si nos encontraban en aquel lugar, ninguno de los dos sería bien tratado.

—Huyamos —le dije.

—Si huyo mi familia estaría en peligro, las cosas deben de hacerse como deben.

Una figura entró en la alcoba cuando nosotros nos preparábamos para salir, y cuál fue mi sorpresa al descubrir que era la joven con la que estaba a punto de compartir su vida.

—Necesito tiempo, mi familia puede salir mal parada —le dijo Thomas a la mujer.

—No disponemos de mucho más, puedo intentar retrasarlo todo algo más de tiempo, pero no mucho.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

—Explicadme qué ocurre aquí —les pedí.

—No hay tiempo, pero me temo que nos han tendido una emboscada —dijo Thomas.

¿Cómo? ¿El día de su boda?

Bajando por la escalinata encontramos a Niall, el que con rostro angustiado buscaba a Thomas.

—Algo me huele mal, hermano. Creo que los O'Neill no quieren estrechar lazos con los O'Donnell, sino más bien acabar con ellos.

—Lo hemos descubierto no hace mucho, tenéis que salir de aquí, avisa a padre y madre, que se lleven a las mujeres.

Thomas daba órdenes a Niall, y yo al parecer era la única que no me enteraba de nada.

Capítulo 24

Thomas McKenzie



La oscuridad se cernía sobre el castillo de los O'Donnell. Quedaba poco tiempo para que la farsa en la que nos habíamos visto envueltos diera comienzo.

Buscaba con la mirada a mi tío, tenía que ponerlo en conocimiento de lo que aquel sucio clan intentaba conseguir.

Una ola de alivio me invadió al ver el rostro de mi tío acercándose hasta mí. Cuando estuvo lo suficiente cerca, me apretó el brazo y me susurró que lo siguiera.

—Empezaban a impacientarse, parece que te han visto entrar en una de las alcobas con una mujer.

—Tío, es una emboscada, quieren acabar con el clan. Brígida tiene un hermano mayor.

—¿Un hermano? No puede ser estaría al corriente.

—Nos han hecho pensar que uniéndonos obtendríamos el respeto, la ayuda, y la confianza, pero si esa fuese su intención, ¿por qué no unir a mi prima con el futuro jefe de su clan?

—Porque si algo saliese mal hoy, el futuro jefe de su clan estará a salvo, y ellos podrán continuar haciendo tratos si fuese necesario.

Mi tío respondió a aquella pregunta dando sentido a todo.

—Preparémonos, esto es la guerra —dijo empuñando su espada.

Después pronunció el grito de guerra que daba comienzo a la sanguinaria escena que lo cambiaría todo. Pero ellos también estaban preparados para la batalla y otro grito tan fuerte o más resonó en las paredes de castillo.

Conforme íbamos acercándonos al gran salón los gritos y gemidos se iban intensificando, el acero de las espadas cuando chocaban nos hacía ponernos tensos por segundos, y al llegar a la gran sala aquellos sonidos se hicieron más intensos aún.

Mis fosas nasales dilatadas me ayudaban a coger aire para clavar con fuerza mi espada en cada cuerpo que a mi paso encontraba.

El acero esta vez resonó cerca de mi rostro al encontrarme con un hombre fuerte, el que me costó solo un poco más derribar y acabar con él.

Craig y Niall luchaban a mi lado, un charco de sangre se acumulaba bajo nuestros pies, pero mientras no fuera la nuestra todo estaría bien.

Me adelanté a ellos para abrirme camino entre todos los guerreros que trataban de sobrevivir, muchos se retorcían en el suelo mientras sus vidas se les escapaba. Estaba siendo una batalla realmente dura de librar, pero los guerreros del clan de nuestro tío eran fuertes y valerosos, y aunque en minoría, se encontraban en mejor forma física que nuestros adversarios.

—¿Cuánto falta para llegar a las puertas? —preguntó Craig.

—Solo unos pies, ¿qué pretendes? —pregunté.

—Vi una catapulta al entrar. Si llegamos hasta ella podremos acabar con los hombres que se acercan.

¿Más hombres? Aquello era una emboscada en toda regla, pensé.

—Te cubriremos, adelántate hasta ella.

El cielo comenzó a tornarse del color del mismo fuego, se colaba entre las copas de los árboles, era como si la misma naturaleza quisiera avisarnos de que el infierno llegaba.

Niall me miró en un segundo cuando se intentaba quitar de encima a un hombre grande, y

con la mirada me pedía que diera una patada a aquel hacha que tenía bajo mis pies. Lo hice y así fue como acabó con su oponente. Le asistió un hachazo en la cabeza.

Comencé a rezar todo lo que sabía para que Craig hubiese tenido tiempo suficiente de cargar aquella catapulta y derrotar a las decenas de hombres que seguían avanzando hasta nosotros.

Como si mi plegaria cayese del cielo, vi volar hacia la nube de polvo que levantaban los caballos mientras cabalgaban en dirección hacia donde nosotros nos encontrábamos una gran bola de fuego. Iba directa a ellos, y cuando por fin cayó, los pocos hombres ilesos que allí se encontraban corrieron a esconderse detrás de los árboles y al poco desaparecieron.

A nuestro regreso al interior del castillo solo pensaba en una cosa, volver a ver a Amanda, con vida.

Al poner un pie en el gran salón el olor a sangre lo llenaba todo, teníamos que sortear los cuerpos sin vida sobre el suelo para llegar hasta las escaleras que conducían al primer piso, donde imaginamos que estarían escondidos.

Los golpes y gritos de una mujer nos pusieron en alerta a mis hermanos y a mí.

—¡Maldita seas! —masculló mi tío propinando bofetadas a Brígida.

—¡Detente! —grité.

—Ella es una O'Neill. Debe morir como el resto.

—Ni se te ocurra volver a tocarla. —Me coloqué entre los dos.

—Ella nos ha salvado a todos, fue quien me habló de su hermano cuando nadie conocía de su existencia, sin su ayuda ahora estaríamos todos muertos.

—Traté de decírselo, pero no me escuchó —dijo Amanda.

Corrí a desatarle las manos y la levanté de aquella silla donde la tenían retenida. Mi madre y las mujeres se encargaron de acomodarla.



La batalla había terminado, sí, pero la victoria no trajo consigo celebraciones. Habíamos sido emboscados, y las cicatrices de la lucha aún ardían tanto en nuestros cuerpos como en nuestras mentes. A pesar de nuestra victoria, el costo había sido alto, y la sombra de la traición todavía se cernía sobre nosotros.

Cuando regresamos al castillo en silencio con nuestras miradas sombrías y nuestros cuerpos cansados apenas crucé la puerta, busqué a Amanda entre la gente. Mi corazón latía con fuerza al no verla de inmediato, pero luego, allí estaba, esperándome. Al encontrarnos con nuestras miradas, sentí una ola de alivio. Sin decir una palabra, nos dirigimos a una de las alcobas, dejando atrás el caos y el miedo.

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por la tenue luz de unas pocas velas. Cerré la puerta tras nosotros y, en ese momento, el mundo exterior dejó de existir. Amanda se volvió hacia mí con sus ojos llenos de preocupación y amor. Sin decir nada, me acerqué a ella y la abracé con fuerza, necesitando sentir su calidez para asegurarme de que todo era real.

Nos sentamos juntos en la cama, y ella apoyó su cabeza en mi hombro.

—Pensé que no volverías —susurró Amanda, su voz temblaba ligeramente.

Sentí una punzada en el corazón al escuchar la angustia en sus palabras.

—Estoy aquí, fuego. Y no pienso dejarte —respondí, apretándola con más fuerza contra mí.

La simple cercanía de su cuerpo me proporcionaba un consuelo indescriptible. Habíamos saboreado la muerte y, sin embargo, estábamos aquí, juntos.

El silencio llenaba la habitación, un silencio que no necesitaba ser roto con palabras. Amanda levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron de nuevo. En ellos, vi reflejada la misma mezcla de dolor y alivio que sentía en mi interior. Con un suspiro profundo, apoyé mi frente contra la suya, cerrando los ojos y dejando que la presencia del otro curara nuestras heridas invisibles.

—No quiero perderte —susurró Amanda, su voz era apenas audible.

—No lo harás —le aseguré.

—Vamos a estar bien.

Era una promesa tanto para ella como para mí. Nos recostamos en la cama, abrazados, sin ninguna intención más allá de sentirnos cerca. Amanda entrelazó sus dedos con los míos y apoyó su cabeza en mi pecho.

Cerré los ojos, permitiéndome relajarme por primera vez. Escuché su respiración tranquila y sentí cómo el estrés y la tensión se desvanecían lentamente. En ese instante, nada más importaba. La emboscada, las heridas, las preocupaciones del mundo exterior se desvanecieron. Sólo existía el presente, el latido de su corazón contra el mío, la certeza de su amor y la promesa de que juntos estaríamos bien.

Y así, abrazados, dejamos que el tiempo se detuviera, saboreando la tranquilidad que habíamos ganado a través de tanto sacrificio. En sus brazos, encontré la paz que tanto anhelaba, y supe que mientras estuviera con ella, siempre habría un refugio seguro, sin importar lo que el futuro trajera.

Continuará...

Harden como sabéis se encuentra en Los Ángeles junto a Harriet, la que todavía trata de reponerse de aquella operación que le salvó la vida.

Va a ocurrir algo cuando Harden y Harriet intenten regresar con sus hermanos, algo que no esperaban que pudiese pasar, pero en lugar de hombres de las tierras altas de Escocia, van a aparecer en un lugar donde los duques y los condes intentan encontrar esposas para continuar con sus linajes y así no perder esos títulos que tanto adoran.

Sabemos que Harden va a intentar salir de allí a toda prisa para regresar con el amor de su vida Hanna, pero, ¿Harriet también se sentirá más atraída por un hombre bruto que por uno elegante y educado?

Agradecimientos

Siempre me ocurre igual cuando tengo que escribir los agradecimientos. No es porque no tenga a quien agradecer, más bien es todo lo contrario. ¿Cómo puedo comprimir tantas gracias en tan pocas palabras? Me pasaría días escribiendo nombres, primero de toda la familia que creyó en mí, que me animó, que me preguntaba qué tal iba mi proyecto Sueño, como yo lo llamaba, después a mis amigos, que sin entender mucho de esos personajes que habitaban en mi cabeza seguían escuchándome sin perder interés.

Gracias a mi marido, que sé de sobra que lo aburro porque él es de números, y estas cosas de las letras no puede con ellas. Y a mi hijo, que a pesar de su corta edad, siempre me pregunta qué tal van mis historias.

No puedo olvidarme de vosotras, las lectoras. Perdón si hay algún lector, también para vosotros, pero sé que somos más mujeres que hombres los que deboramos este tipo de historias. Gracias infinitas por leer cada historia que ve la luz. Gracias infinitas.

Y para no hacerme pesada, que yo odio leer millones de agradecimientos, termino con ella.

Gracias a mi escritora favorita, esa que está al otro lado de mi teléfono, con la que comparto mis miedos, mis alegrías, mis ilusiones.

Books By This Author

Cenizas en Las Highlands

Arya McWallace es tan solo una joven muchacha que deberá enfrentarse a un viaje, el que la llevará a las sucias manos del mismo demonio, Duncan McDougal, un highlander del clan enemigo.

Puede que esta historia creas conocerla, pero no como deberías, pues esta joven que luchará contra guerreros, sufrirá a manos de un ser despiadado, y encontrará a su príncipe, deberá ayudar también a un hombre que viaja en el tiempo para sanar un corazón despedazado.

Amor y pasión, lucha y engaños, viajes en el tiempo, son algo de lo que vas a encontrar en este maravilloso inicio de saga.

Deseando a la bruja de Las Highlands

Peyton Smith es una fanática de Outlander, esa mujer que viaja en el tiempo a través del círculo rocoso de Craigh Da Nun en Escocia.

Hace un año que su hermano Harden desapareció en aquel mismo lugar imitando a la perfección una escena de la famosa serie televisiva, y como nadie la cree cuando lo cuenta, decide ser ella misma la que vaya a buscarlo.

«—¡Eres una Campbell! —gritó Niall—. Has venido a tenderme una trampa, te envía ella, deseas seducirme para culparme después de algo de lo que ella misma no es capaz de darme.

Peyton se volvió al escuchar aquella insinuación y caminó hasta él con la intención clara de abofetear su rostro.

Levantó su mano y con gesto de rabia fue a propinarle el golpe, pero Niall fue más rápido y más fuerte, y le detuvo la mano justo cuando esta iba a impactar en su mejilla.

—Ni se te ocurra volver a insinuar que soy una fulana. Yo no intento seducir a nadie, quizá tú tengas las hormonas alteradas como un adolescente en plena pubertad.

Niall la miraba confuso, pues la mayoría de las palabras no las entendía, pero tenerla tan cerca lo estaba desarmando de nuevo».

¿Conseguirá ese McKenzie dejar que Peyton cumpla su cometido?

¿Encontrará ella a su hermano y regresarán juntos a Los Ángeles?

Descubre todo lo que esta mujer tan moderna puede enseñarle a un highlander gruñón.

Una esposa para el barón

"Bajé el primer tramo de escaleras muy rápido, apenas tocaba los escalones, volaba. Después frené la carrera cuando quedaban pocos peldaños que descender y me erguí, respiré profundamente, me coloqué la cinturilla del vestido en su sitio, recogí los mechones de pelo que lucían sueltos y tapaban mi rostro y que tanto odiaba tía Rose, y comencé a descender lentamente hasta llegar al hall, donde todos charlaban animadamente.

Al notar mi presencia tía Rose endureció su rostro y clavó en mí su mirada.

—Muy buenas tardes —pronuncié haciendo una ligera reverencia.

—Es preciosa, nadie nos dijo que gozase de tal belleza. —La voz de una mujer que suavemente

levantaba mi rostro con su mano me sorprendió. De nuevo estaban tratándome como al ganado. Tan solo les faltó abrirme la boca para ver mi mordida.

—Ya dije que las hijas de mi difunta hermana eran todas y cada una de ellas dignas esposas de nobles —le respondió Rose.

Más de cinco cabezas, todas mujeres se acercaron hasta mí, miraban cada resquicio de mi cuerpo, si hubieran tenido valor para ello estoy segura de que me hubiesen pedido que me despojara de mis ropas.

De repente las cabezas fueron abriendo espacio entre ellas, al parecer ya me habían inspeccionado al detalle. Fue en ese preciso momento cuando un rostro apareció frente al mío. Y un escalofrío me recorrió en ese instante la espalda hasta llegar a la nuca."

Obligada a casarse con el duque

Respiré más fuerte de lo habitual, y tía Rose levantó su vista antes fijada en el pañuelo de seda que bordaba incansablemente durante algo más de una hora, la misma hora que yo me pasé mirando al techo de nuestro nada humilde salón de lectura. Ese en el que estaba prohibido que leyese ninguno de los libros que habitaban en cada una de las estanterías, porque según ella me podrían llenar la cabeza de pájaros y de falsas ilusiones. Como si ella no se encargase de hacerlo a cada poco.

—¿Ocurre algo de lo que me deba preocupar? —dijo tía Rose levantando su ceja al escuchar mi suspiro.

—Nada, tía, es solo que se me hace eterno este momento.

—Te dije que cosieras. —Giró su cabeza para señalar el lugar donde me había dejado aquellas agujas e hilos tiempo atrás—, en cambio, tú elegiste el aburrimiento.

Como si la costura no fuese algo tedioso, pensé.

El verdadero motivo de mi suspiro era otro, se acercaba la fecha de compromiso con el duque de Summerfield y aún no sabía como era él. Después del matrimonio que la tía acababa de arreglar con el barón para mi hermana Eliza lo normal era que me preocupase.

Table of Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Agradecimientos](#)

[Books By This Author](#)